ANA OJEDA

FUROR FULGOR

LITERATURA
RANDOM HOUSE

Furor fulgor

ANA OJEDA

LITERATURA RANDOM HOUSE

"Y también se le ha achacado a su autor el dejarse llevar por el puro juego verbal en detrimento de valores más hondos de la construcción literaria […], no encaja en los modelos literarios y estéticos que se atribuyen a lo que para nosotros es […], sino que tiene más que ver con el ámbito de lo que, también modernamente, se entiende como […], con un notable componente burlesco y paródico. Es en esta línea precisamente cómo adquieren su sentido la mayor parte de los aspectos […] que de otro modo solo se pueden entender como excesos, desviaciones o aprontes típicos de la irreflexividad juvenil".

FERNANDO CABO ASEGUINOLAZA, "*La vida del buscón* en la picaresca"

el patriarcado es un sistema
histórico,
es decir,
tiene un inicio en la historia.
Si es así,
se puede
acabar gracias al proceso histórico.

GERDA LERNER

Prélogo
O llegado el momento

Llegado el momento en que pésimo era ya una mejora, el rioplatense se defendió independizándose del referente. Dejó de transmitir un afuera, algo más allá de sí mismo, para caerse a pedazos, igual que todo lo demás. El lenguaje inclusivo, que la juventud adoptara por principio y la decrepitud en chiste, fue inicio de una crisis terminal de la lengua en tanto código común a la cuerpa social. Cada una empezó a significar lo que quiso con palabras que alguna vez habían hablado de otras cosas. Estadio último del capitalismo (vale decir, del patriarcado), el deseo personal, su designio caprichoso, atacó como vih novedoso la lengua, socavándola, agujereándola, volviéndola imposible. Cortado lo compartido del sistema, quedó solo lo individual, a la deriva. Proliferaron modos de decir insulares, los famosos "idiolectos" de otras épocas. Desbocada polisemia imperó convertida en hegemón, virus pululante anhelante de cuerpas por ocupar para, muy enseguidamente, descomponerles el hablar.

Las redes colaboraron: en bandeja de plata el ad mulierem, con demencia hiperbolaron diálogos de sordas, creando zombis funcionales conectadas a un gran vómito de posverdad ingobernable. El contrato social mordió la banquina, inestable la comprensión y parcial, insegura. Duda conquistó todo: veni, vidi, vici. El mundo se volvió extranjero en brazos de lengua psicótica.

En un intento por frenar tamaño daño o desorden de lo estatuido consabido, en Buenos Aires el patriarcado (o Gobierno o Estado) consideró genialidad la avivada de entregar la lengua a las revolucionadas, siendo a su entender las feministas mal llevadas enemigas number one, responsables de tanto y todo mal. Reavivadas las brasas del debate perimido sobre lenguaje inclusivo, en línea con la doctrina del shock que venía manejando con éxito y aceptación por

parte de la gente bien, el Gobierno Argentino de Tipo Ornamental (o GATO) estableció por decreto en un rato la necesidad y urgencia de un único uso genérico para referir lingüísticamente la multivariedad de lo real que, por reparación histórica, fue el femenino. A partir de entonces, frente a grupo mixto, de "los chicos" o "les chiques" se pasó sin atenuantes o tutías a "las chicas". Defectuosa comprensión del hecho lingüístico se encontraba en la base de esta delirante estrategia, que buscó entregar la lengua para retener la realidad. Formidable la ofensiva intentó ordenar conciencias y estómagos, aplacar conflicto social azuzado por —según entendía el GATO— las femininjas (entre otros grupos de piqueteras).

Desde ya queda dicho que la actitud no gustó en Real Academia. Y menos de todas a su vocera Artura Páraz-Ravarta, escritora multipremiada, por todo el orbe adorada, que amenazó portazo si esta "demencia" —como la llamó— continuaba. Se autoconsideró "la única, vieja leona" con estatura para detener el irremediable acontecer de este derrumbe, de lengua y costumbres. En urgida conference call, voceras del Partido del Cambio le pidieron que se quedara trancu: todo cambia para que siga igual. Es decir, que estaban en el mismo bote, aunque no se note. Pero que tratara de no divulgarlo.

El DNU 174/2018 —bautizado de entre casa "El idioma de las argentinas"— reavivó las grietas abiertas en América Latina y, en especial, las de levantiscas porteñas que a partir de entonces se lanzaron a fervorosa cruzada para apoyar o rechazar, poniendo cuerpas en las calles. Y agregó otra novedosa, entre oralidad y escritura. Porque, aun quienes lograban consignar en papel o pantallas plurales y genéricos en femenino, muchas veces no alcanzaban (¡maldita costumbre!) a activar modificación reglamentada de viva voz. Rebalsado el vaso con gota foniatra, hubo un sector que, contrario a las políticas de educación sexual integral y partidario del aborto clandestino, se organizó para salir a manifestar descontento rechazo total de lo que tildaron de "demagogia demencial". Bancadas por empresarias de la rama textil, llenaron paredes con carteles. Que decían: que nadie ose roce cerebral que tienda a igualdad de género o autodeterminación corporal. A capa y espada defendían la inmutabilidad de la lengua junto con la del statu quo. Siguieron

usando el masculino universal, a pesar de incurrir en ilegalidad, a resueltas de lo cual muchas veces terminaron en la cárcel, junto a las manteras senegalesas. Otras, más a tono con los tiempos, se rebelaron contra la imposición berreta de un feminismo formal que barría las inequidades de siempre bajo la alfombra. Continuaron oralizando con "e" y así siguieron escribiendo, a pesar de incurrir en ilegalidad, a resueltas de lo cual muchas veces terminaron en la cárcel, junto a las manteras senegalesas y a las fuerzas vivas pro aborto clandestino.

En resumen: a consecuencia del DNU 174/2018, el movimiento femininja se quebró en multiplicidad de astillas filosas (muchas sindicaron ahí el objetivo primordial de la medida, de acuerdo al milenario maquiavélico divide et impera). Un sector hubo que consideró el DNU un avance: comenzó a hablar y redactar en femenino universal de forma orgánica; otro lo consideró una aberración totalitaria más en la larga lista de escandalosas vulneraciones patriarcales. Dentro de esta última facción, estaban las troskas que dieron voz a su protesta retomando el masculino y subsumiendo en él todos los géneros, las progres que mantuvieron vivo el uso del inclusivo en atención a les no binaries, las que se desorientaron y usaron todo al mismo tiempo en una ensalada lingüística de difícil ilación y más ardua decodificación. Las hubo también que callaron.

Mientras todo esto sucedía, los onvres explicaban cosas: inviabilidad de las imposiciones lingüísticas por decreto, usos correctos del castellano, aspectos (la mayoría de las veces mal entendidos) de gramática generativa. Acuñaron el hashtag #Novaadurar, alternativa al #Sevaacaer feminista, consolidaron alianzas con las pro aborto clandestino (cuyo hashtag era #Conmishijosnotemetés) y juntas intentaron volver hacia atrás el reloj de la Historia.

La polirrúbrica aplicación del decreto quedó en manos de la Comisión Asesora Permanente (CAP), bajo cuya órbita pasó a funcionar el Instituto del Libro. Primer gran desafío fue lógicamente entender qué hacer con las obras ya escritas y circulantes en masculino universal aberrante. Las opiniones fueron muchas, lo mismo que las ideas, cuestión que al cabo de larga discusión las oficiales de cuenta del GATO llegaron a la solución en un rato: abrirían llamado a Mecenazgo para que las editoriales presentaran proyectos de

reescritura (adaptación) de obras y autoras de gran renombre o importancia, para que Gancia y otras empresas de ese estilo, en vilo preocupadísimas por la cultura y su destino, bancaran los costes. El resto de los libros debía portar desde la fecha del decreto adhesivo en tapa a modo de parapeto que alertara a las lectoras sobre texto y contexto de producción, sus valores perimidos, su reflejo de un tiempo al fin ido.

Si la CAP perseguía a docentes y rebeldes sucursales escolares con oralidades resistentes al cambio obligado por decreto, el Instituto del Libro —su adlátere— pasó a policiar material impreso en circulación. Escritura en cualquier cosa que no fuera femenino no marcado sin el correspondiente etiquetado fue secuestrado y puesto a disposición del Estado en húmedos galpones a la espera de quema pública, ejemplar, sadismo digno del padre de Arlt: Mañana te voy a pegar. Las editoras, pasibles de multas, secuestro de bienes o incluso *una temporada en el infierno* (la cárcel), percibieron esto como un ataque y pasaron en su mayoría a la clandestinidad. Se vivió auge de fanzines y ediciones piratas, de manufactura urgente. Las que quedaron en superficie raramente publicaron obras de ficción o ensayo. Se especializaron en la impresión de volantes o de los bodoques ministeriales, paridos con regularidad por los tentaculitos exangües del Estado, cada vez más inexistente y más violento. Las hubo, también, doble agentes.

Buscando ayudar, la CAP lanzó su *Index librorum prohibitorum et derogatorum*, de actualización mensual y versión electrónica, con la lista de material desaparecido o por desaparecer (si es que alguna vez aparecía), publicaciones en su mayoría sin etiqueta o escritas con posterioridad al decreto en rioplatense de antes, percudido de “e” u “o”, por grupúsculos de feministas ilegalistas, perseguidos por las fuerzas represivas del Partido del Cambio: las sirvientitas del Orden.

En este complejo panorama, ofuscación popular nivel Primavera Árabe coincidió con escueto comunicado que ignoto grupo femihacker sacó minutos antes de performar ataque devastador al centro emocional del sistema capitalista: virus contagioso mortífago destruyó algoritmos logaritmos y otros ritmos de la world wide web, en su totalidad y para siempre jamás.

El comunicado de las hacktivistas hizo saber al mundo: 1) este

ataque es a propósito y muy pensado; 2) en 48 h la Internet habrá espichado, R.I.P., no sin contagiar en ese intervalo a toda terminal o aparato que entre en contacto con ella, a llorar a la llorería; 3) en cuestión de siete días todo lo que incluya algún componente computarizado en cualquier lado sufrirá trastorno desarreglante terminal insuperable; 4) este ataque es kamikaze: no hay ni habilitamos manera de revertirlo, backdoors o paliativos ni agentes regenerativos; 5) somos las putas amas; 6) Après nous, le déluge; 7) ¡Viva la anarquía!

Tras este fenomenal batacazo inaugural, progresiva peste digital afectó el correcto funcionamiento de los sistemas computarizados con trastornos autoinmunes para los que la humanidad no tenía cura. Arrancó con la descomposición de los motores de búsqueda, Google a la cabeza, de modo que la web quedó toda junta a disposición, desjerarquizada en un caleidoscopio o fractal de pertinencia igual que volvió imposible dar con lo deseado. Desbaratado el mapa, reinó la confusión. Teras y teras de información a mano e inencontrable al mismo tiempo. Todas las pesquisas se volvieron, a efectos prácticos, una única búsqueda.

Durante dos días, la red devino pasatiempo improductivo, de listas borgeanas archivo, inútil. Luego se apagó. En la semana posterior, el multifacético reino de los aparatos introyectó y reprodujo el blackout. Feministas de todas las corrientes marcaron este acontecimiento como Año 0.

AÑO 0: TOOTOO BAOBAB

Capítulo primero
En que se cuenta quién es ella y de dónde

Sacada tomada por la locura loca loba en la lona: Tootoo Baobab #harta y san Seacabó. Mandar todo a la mierda. Primero y antes que nada: maridito. En un después ipso facto: hijo adolescente. Caterva de parientas en seguida tras eso. Libre, volver a empezar. Neuronas rostizadas por deseo de ser sola la trastornan. Manos ocupadas en chequear contenidos del morral, monta en Dragón, deja atrás casa y problemas a velocidad pedal. A poco descubre el timbre roto, dificultado. ¡Qué cagada! Ni huir como la gente se puede en este país de mierda, che.

Nomás salida engancha protesta popular contra nefando decreto, pero no solo: hace ya muchos meses que FMI domina al GATO por la cornamenta, fuerte la muñeca hasta abajarlo nariz contra el piso, sit! ¡Quieto dije carajo! Pueblo hambreado expoliado vituperado sale a las calles, las toma. Alguna piedrita —también— lanza, entre cantos pletóricos de brío, gusto por la rima. Como el rap, trap y todos los géneros que siguieron y herencian folclor europeo trovador. El GATO reprime —como siempre que sale a cazar ratoncitas corrientes en busca de refugio— con lo más selecto de su arsenal en uso: balas made in USA, de goma, de plomo, de gas. Gran confusión el territorio, convulsiona imparable. Muecas de terror en rostros de manifestantes caídas bajo pesada bota de las fuerzas vivas del Cambio, muñecas inmovilizadas en la espalda. Gritan sus nombres las detenidas para volverse visibles, para que las busquen, vocalizan a pesar de los forcejeos, los golpes, las armas que el Orden les planta bajo la ropa o en inmediaciones cercanas: materialización a posteriori de excusa habilitante para tanta descomedida represión.

Pugna Tootoo Baobab por no ralentar a pesar de lo que se encuentra y se cruza, se siente confusa, no entiende pero al parecer ha elegido hacer abandono de hogar en jornada de lucha popular. ¿Alguien se lo comentó esto? ¿Estaba al tanto de este particular? Consecuencia, piensa ella, de vivir abducida por par de hienas pedigüeñas, siempre necesidades, pedires y diretes. #Harta recuerda que está y así va, circula sigue hasta estrolarse sin querer ni ver contra fuerza viva del Orden. La choca apenas con la rueda delantera, la vulnerada no se deja ni se queja. Arranca en vez con feroz represalia, cachiporra baila por el aire en "defensa personal". Al ver lo que sucede en seguida se apersonan otras más y entre todas la golpean a la pobre Tootoo Baobab hasta dejarla sentada desmayada en el piso junto a manteras senegalesas y otras extranjeras. Naturaleza muerta parecen, a la espera de traslado. Ojos de pescado en la pescadería, boquean. Noquea la policía a las que intentan charlar. Quieren cabezas gachas. Y silenciero todo el mundo.

Ya en el cochecito celular, inmovilizadas machucadas pasan horas poniéndose rancias. Nadie explica ni tiene ansias de comunicar lo que les espera. Por debajo del bochinche que llega del exterior (mosaico descoordinado de disparos, corridas y resbalos, gritos de odio o pedidos de auxilio desgarrados), adentro del camión se desenrolla mínimo murmullo, tráfico de información. A las senegalesas no se les entiende un soto y además son de articular poco. El resto, nativas y migrantes, de general hispanohablantes, intenta comunicación con gestos y ojos, impedidos los movimientos por precintos que amoñan las manos por detrás. En ese circo, los rasgos inuit de Tootoo Baobab no desentonan, apenas una posibilidad combinatoria otra entre muchas allí presentes. De la inaudible conversa resulta: que entre las detenidas hay dirigente social, papista pro aborto clandestino. Es por él que movileras noticiosas de canales nacionales, alternativos o autogestivos se agolpan en torno del carro blindado. Entre las dudas a los gritos se entremezclan puteadas de odio a los equipos por su de pronto mala performance, ¿qué onda?, ¿qué mierda le pasa a este celu del orto? Preguntan las periodistas, desesperan, consultas que a destino no llegan por culpa de ventanas con protección anti bala. Tootoo Baobab no juna a la celebridad militante de base,

#tepidomildis: ¿qué querés? Ni tiempo de informarme donde vivo tengo, de un yogur vengo. La Última Ama de Casa soy, qué odio. Sin pausa ni podio, comenta para las que pueden oírla que lleva semana de atraso. No causan sensación alguna sus confesiones, menos sus ganas de hablar. El ambiente en el interior del camioncito es depre opresivo. No se afecta Tootoo Baobab, bastante chispita, para ella este entuerto es una vacación, síncopa inesperada en la rutina que acaba de dejar atrás. En el morralito confiscado, Evatest recién comprado para hacer con el pis de la mañana siguiente, con lo cual: tiempo de sobra. Si entretenido, mejor.

Con los días muy atados a problemáticas de terceros, arrastra Tootoo Baobab horas con objetivo único de cosechar puñado de minutos para sí misma: mirarse el ombligo, rascarse el higo, poco importa: algo propio (¡ojalá un cuarto!). Y ahora encima la perspectiva (a confirmar) de otro más en camino, qué atrocidad. No le quedan fuerzas para caerse a pedazos o será que tiene muy entrenada la resignación, cuestión: que prefiere poner fuerzas a pensar dónde estuvo la falla, o cómo pudo ser. Le parece claro que la culpa la tiene Ipiranga Trifulca, que no performó el interruptus como es debido. ¡Una cosa tenías que hacer! ¡Una! En el albor de su relación: pasión por la postura novedosa, por la exploratoria, Fitzcarraldo entre las sábanas. Ahora, en cambio, Ipiranga se especializa en interpretación nivel dios de palito a la deriva: santiamén para ponerse en bolas y distribuirse con cómodo cuan largo es sobre el colchón para que ella opere la maquinaria. Se autodesampara en brazos del placer que sabe por venir, manso, sin ningún tipo de problema. A Tootoo Baobab el sexo con Ipiranga le gusta. Les sale bien, el placer las sobreviene cada vez, incansable mascota obediente, predecible. Al dedillo se conocen y el gozo aumenta, en lugar de disminuir, en contra de la sospecha instalada por la hijayutez del lugar común.

Por la oreja me inseminé, la concha del pato, como en los retablos medievales: Tootoo Baobab intenta sin éxito conversación con las demás detenidas. Llevan horas adentro del vehículo policial, sin que nadie se moleste en informar destino final.

Hace falta que afuera el barullo se apague para que arranque la marcha. Traquetean largo lo tendido. Empedrado le cuesta al

camioncito lleno hasta las tetas de sospechosas delincuentas, disminuye el andar a velocidad dominical de paseo por la ciudad. Nada de esto preocupa a Tootoo Baobab, al fin y al cabo por algo había iniciado abandono de hogar. Con lo cual: no cree necesario dar señales de vida ni avisar. Es más: no lo va a hacer, para que aprendan: valorenmé, mierdas.

En Flores, representantes de Prensa guardan la entrada de comisaría sustantiva, amuchadas como para orgía de televidentas ávidas de novedades efímeras. Griterían y se pelean por encajar micrófono, brazo corto juega en contra, corren para seguir minuto a minuto el desfile de protestantes levantadas al voleo. Algunas se han percatado de que los equipos a malfuncionar han arrancado, de libretita y birome echan mano. En general nadie conoce a ignoto grupo de ciberfeministas ni se ha cruzado con comunicado de reivindicación por el atentado contra el patriarcado.

Sin dilatar ni contestar, las sirvientitas del Orden encierran a las pescadas en celda única al fondo, junto a otras abducidas en el fragor de la batalla, acarreadas en cochecitos más tempraneros. Cautiverio y hambre de la mano despiertan consulta popular acerca de si les van a dar de morfar o qué se creen, ¿que nos alimentamos de rocío? No hay respuesta, el número solicitado no corresponde a una abonada en servicio.

Paredes descarapeladas, piso pis por todos lados, olor acre potentísimo, festival de mugre encastran el entorno, bastante caiducho, para las privadas de libertad. La detención se descubre mixta, las fuerzas del Orden ya no parecen interesadas en evitar intercambio de oralidad, con lo cual se arma especie de peña o grupo de autoayuda y confesionismo cruzado.

El registro e ingreso de las ofensoras detenidas se opera con papel y lápiz, desde ayer la comisaría está sin sistema. Lejos de aprehender las implicancias del rompimiento algorítmico, logarítmico y alternativamente rítmico universal, las sirvientitas leguleyas prefieren no darle demasiadas vueltas al asunto y arreglarse con equipito para cazar huellas, tinta negra y enchastre general. Se habilita momento un poco obvio de ¿te acordás cuando?, cotilleo amable entre ellas, como si no se encontraran en comisaría de Flores ni fueran responsables de

delincuentas conceptuadas amenaza para la delicada fibra del entramado social. Por el costado les pasa, como sin tocarlas (al menos por ahora, en estos momentos alborales), lo que será en breve derrumbe del capitalismo occidental, explotado desde adentro en apenas horas por secta de hacktivistas kamikaze.

Pito catalán a los problemas, hombrito fruncido y a mí qué, las policías se despreocupan de tanta pesada cuestión problemática. Prefieren ocuparse en clasificar a las detenidas, pero a paso cansino, eso sí, para que se note la desidia, el moplo de todo los días lo mismo, vieja, qué aburrimiento. Paja, señora, paja. Las van sacando de a una de la celda del fondo. Pasillo largo, pintura a dos colores con terminado brillante, poco habitual en interiores. Para no complicarse con la lingüística impedida dejan a las senegalesas para el final. Del interrogatorio a Tootoo Baobab resulta que: 1) está bastante golpeada, extraño pero no se queja, 2) anda con una semana de atraso, Evatest en el morral (de momento confiscado), 3) se declara sin vínculos ni contacto con grupos activistas y/o militantes, simple mujer de a pie o Última Ama de Casa, 4) expresa indignación por el violento proceder, innecesario según su parecer, de las sirvientitas del Orden, 5) quiere saber dónde dejaron o qué hicieron con su bicicleta, cuándo podrá recuperarla. El resumen ordenado de la escena puede no alcanzar para transmitir una imagen veraz de esta.

Presa de un fuerte ataque de hybris, desencadenada posesa de una locura impropia de lo que cree su carácter, tras la deposición Tootoo Baobab se niega con uñas y dientes a volver a la celda común. Patea golpea, puños a la marchanta, y lo peor: la boca. Voces jamás auditas en el de sólito recogido ambiente comisario, “caca con ojos”, “sorete pelito de virulana” las más amables. Las que están de servicio dejan sus labores respectivas para colaborar en su reduccionismo, operado a piña y patada, por la gran fuerza. Inútil que Tootoo Baobab grite. No bien bocanada de aire le llena la boca, soy ciudadana de derecho, yutas, no pueden, no corresponde, ahí van las sirvientitas del Orden a pisotear. Reprimen y reprimendan. La devuelven a la celda todavía más rota de como la sacaron.

Revuelo cauto se arma a su alrededor una vez que cierran la puerta abarrotada. Indignación contenida enciende preguntas varias entre las

presas, solícitas se acercan a ver cómo está, en qué pueden ayudar. Entre ellas, un senegalés del tipo bastante imponente, deidad nubia, a quien la cuerpa de Tootoo Baobab responde autárquica, independizada de su raciocinio. La ayuda a sentarse en el inestable tablón de madera, con gestos consulta si le duele. Desmontada del rapto, Tootoo Baobab comunica que sí, sobre todo acá.

—Al final, mejor —se sorbe con ruido de sangre con moco frente a quienes siguen sus movimientos absortas, fascinadas por los despojos que dejó la guerra—, esto es mucho más barato que internarme en una clínica de Recoleta para que me extirpen al futuro ingeniero.

No entienden las privadas de libertad la necesidad de tanta malquerencia. En la celda se crea una como intimidad habilitante de confesiones impensadas: por ejemplo, que entre ellas se encuentra undercover importante cuadro anarquista. Apenas curiosidad, en verdad mínima, casi gesto protocolar, lo lleva a desembuchar preparativos de golpe contra la tumba de Ramón L. Falcón. Por favor todas: discreción.

Las sueltan recién a la mañana siguiente. Primero al dirigente pro aborto clandestino que, nomás salido, se encadena a reja de entrada en señal de protesta y hasta que no suelten al último de las senegalesas. Las periodistas con equipos que aún funcionan retransmiten su compunción en multicanal, subtitulando la escena como pueden de acuerdo a sus capacidades, diferentes. Las otras se conforman con apuntar detalles en sus libretitas para volver a sus redacciones y ver ahí qué hacer. ¿Habrán arreglado ya el problema? ¿Alguien está solucionando este tema?

No tiene deseos ni intención ninguna Tootoo Baobab de volver a su casa, aunque un poco le gustaría que la vieran toda machucada, sufriente estoica, heroica perfecta en su papel de víctima, o sea, de mujer. Por el impacto visual, emocional y porque ¿qué es una mujer sino una sobreviviente? Ipiranga y Pitón obligados a la contrición al verla reducida convertida en su verdadera esencia, a pedirle perdón por los maltratos de interpósita persona, a cuidarla, amargarse por el mundo y cómo es, cómo funciona (#yoyagané).

Preocupada por el bienestar de Dragón, su bicicleta, Tootoo Baobab flota indecisa por los alrededores de la comisaría, a la espera del

carburante que le insume la toma de decisión, o paso siguiente. No pueden comunicarle en este momento las sirvientitas, o desconocen donde la stockearon o quedó o bien qué pasó, en todo caso se declaran incapacitadas para informar sobre su paradero. Vuelva mañana señora le pido por favor tenga paciencia, estamos trabajando para usted.

Runrún hormigueante de periodistas y precarizadas con de pronto complejo manejo de smartphone que no obedece ni hace ni quiere dispersa atención de Tootoo Baobab el puñado de segundos que necesita para producirse cruce de miradas con Malatesta. Acaba de salir libre, él también. Alumbradas por pálido rayo invernal, las marcas de mujer golpeada que Tootoo Baobab porta y exhibe en su cuerpa como cartel de neón refulgen nefandez que el entorno elige ignorar por no ser ella nadie digna de nota. La invita Malatesta a recogerse con él en la sede del movimiento, si le parece y quiere. Ya externan también a las senegalesas, uno de las cuales, por muy vistoso, concita brevemente el interés de las cronistas. Por culpa, tal vez, de su oralidad impedida, pronto se apaga su interés y brillo. Se suma a la partida anarco-gauchesca hacia San Cristóbal, por no tener nada mejor que hacer o no entender ni saber adónde se dirigen. De pésimo humor Tootoo Baobab rehúye la charla, pero no tanto como para no sacar en limpio que su nombre es Tarek. El apellido, en varios tramos, cae en los oídos del olvido.

La sede del movimiento no difiere gran cosa de la comisaría en la que pasaron noche y parte de la mañana. Es húmeda oscura, características típicas de cualquier casa chorizo. Está vacía, hasta donde Tootoo Baobab alcanza a ver, salpicada de muebles refuncionalizados, provenientes de vidas anteriores, con otras necesidades, ya finiquitadas. Tootoo Baobab encuentra el conjunto feo y poco acogedor, pero se llama a silencio. Huele mal, siente un frío húmedo desagradable. Viento hace tiritar la cartelería a favor de la libertad total, adherida mil veces a las paredes con chinches, pasa que son de concreto y sobre él: pintura directo, muy difícil penetrar con esos aguijones de juguete. Ve Tootoo Baobab mucho clavo torcido o doblado sosteniendo papel, en una estética de resistencia punk que le desalienta la alegría de vivir. Ella es, al cabo del fin, Última Ama de Casa. No está acostumbrada a las asperezas de la intemperie.

Las bienviene Malatesta con mate deluxe (Titrayju estacionada, secada en barbacuá) y restos cadavéricos de una pizza que fue joven alguna vez, y hermosa. Tarek acepta el convite sin remilgos, testimonio vivo de que migrando se pasa hambre. El local es un pujante emprendimiento de cría de organismos naturales: hongos y cucarachas se disputan los rincones de oscuridad, mosquitos, mosquitas, polillas, arañas y sus telas, nadie falta al festín. Mientras esperan a que llegue el resto de las compañeras, Malatesta y Tarek se encargan de las curaciones de Tootoo Baobab (con agua helada, cortaron el gas hace meses por falta de pago). Gasa y algodón ceden su lugar a funda de almohada trozada con los dientes en finas lonjas embebidas en alcohol. Aplican con delicadeza para sublevar lo menos posible ardor y dolor que provocan temblor en esa cuerpa que tirita. Parece natural, en ese contexto, que Tarek ponga a disposición de la machucada su calor, lo socializa arrimándose sin aspavientos. Es un gigante gentil con movimientos de pantera sigilosa. Cuestión: que terminan ambas una encima del otro, Tarek sentado en el sillón y Tootoo Baobab desmigajada sobre su regazo canalizando *La Pietà* .

Trueno feroz, impresionante potente, explosión casi a ras de techo, divinidad pagana que estalla o martillea vidrios ventanas paredes piso acompaña la teatral aparición del resto del movimiento. Se larga. En un tris es evidente que cae agua también adentro. A medida que las recién llegadas desensillan y encuentran su lugar en la habitación, preguntan qué tal qué onda todo con arqueo de cejas destinado a Malatesta para que explique la presencia de extrañas en la sede movimentista y ponga a la militancia al corriente de la situación.

Las anarquistas empatizan con las cuitas de Tootoo Baobab sin esfuerzos ni dilación. En lo que tarda el agua del segundo termo en calentarse queda organizada ofensiva de recuperación de Dragón y morral, documentos, teléfono, etcéteras. Aclara sin que se lo pidan la machucada que no tiene intención ninguna de avisar ni quiere hablar con Ipiranga Trifulca porque #HARTA. Sí le preocupa su bicicleta, la quiere recuperar. ¿Tal vez debería llamar al trabajo para avisar, pedir día por enfermedad? ¡Que se joda trabajo! Que se muera. Algo vago le produce el no saber de Pitón, ni cómo anda ni en qué. Pensierino dura poco: que se ocupe el padre, que para algo está y lo tiene.

La multiplicación de delicados cursos hídricos de interior convoca la atención de las conjuradas hacia temas de urgencia inaplazable. Excusada del socorrismo de muebles y colocaje de baldes plásticos y recipiente cóncavo por su estado de machucaje muy evidente, Tootoo Baobab queda tendida en el sillón, un poco olvidado su protagonismo, se duerme.

Sueña Tootoo Baobab que es rey el rey y #pasaroncosas. Intoxicada su mente por los vahos que despiden las letras de *La creación del patriarcado*, *Calibán y la bruja*, *Los hombres me explican cosas*, tres primeros escalones de pila que crece y se expande como cáncer junto a la cama, llega día en que plantea injusta distribución de tareas de cuidado y reproducción ante Ipiranga y Pitón, que la escuchan como se oye pasar un tren por Ferrocarril Oeste. Asiente el primero, atención concitada en pantalla de celular, lee el diario, se informa. Es mañana soleada, apenas pasadas las seis. Puja Tootoo Baobab, insiste —en contra de lo que sano juicio recomienda por tratarse de temas de escabroso apronte— con descripción de inequidades que moldean el cotidiano común. Medio rematado ya su juicio, viene a dar con el más extraño pensamiento que jamás dio loca en el mundo y es que le parece convenible y necesario, así para el aumento de su tranquilidad espiritual como para el servicio del colectivo cachivache que integran —desde ya, la verdad, mucho añar—, hacerse respetar y terminar con las injusticias que se le hacen. Minuto largo habla hasta que Ipiranga reacciona a su catilinaria, diciendo:

1) Está bien: que Pitón se haga cargo de ir a comprar, ya es grande, que colabore.

2) Que el planteo deja en evidencia la sodomía de Tootoo Baobab —que bien podría ser la del Fondo Monetario Internacional— y una como manía incomprensible de autovictimización.

3) No está de acuerdo Ipiranga con ninguna apreciación realizada por Tootoo Baobab. Ni está seguro de que las cosas sean como ella las presenta, vale decir, que carguen sus espaldas con responsabilidad de satisfacer las necesidades básicas del colectivo: comprar, lavar, ordenar, cocinar. Eso está por verse.

4) Que para evaluar planteo como el que trae a colación se impone reconstruir (complejizar) la historia de lo que denuncia con el objetivo

de visualizar quién gana y quién pierde *de verdad* con distribución actual de responsabilidades. Propone otorgar valor simbólico (un peso o un dólar, pongamos) a cada tarea realizada desde el inicio de la convivencia (hace quince mil años) para ver quién acumula más divisa a la postre. Y amenaza: ¡hay que ver quién sale ganando de este contubernio!

5) Otras cosas.

6) Al mismo tiempo aclara que, de poder hacerse esa evaluación histórica complicadísima (por no decir improcedente), su resultado no afecta ni invalida el pedido de redistribución de tareas que trae Tootoo Baobab a colación a este tribunal informal y, que es, desde ya, justo y atendible.

7) Que se siente violado por este de pronto planteísmo que demuestra hasta qué punto a Tootoo Baobab le encanta dársela de víctima inocente (es gratis) como si ella no fuera parte del problema. Ipiranga disputa esa interpretación según él errada, ya que considera "que no está demostrada". No dice que no, pero tampoco se encuentra capacitado para afirmar que sí.

8) Aprovecha para dejar claro Ipiranga que él es bolchevique revolucionario buscador de la justicia social general y la equidad total. No queda claro qué busca Tootoo Baobab, o qué es.

9) Saluda las lecturas feministas de Tootoo Baobab, si bien queda visto y demostrado con estas razones dichas que pierde la pobre caballera el juicio, desvelada por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello.

10) Manipulando la calculadora de su celular, Ipiranga arriba a la conclusión de que él trabaja 3.000.000 de horas al año. Con lo cual, imaginate si puedo además hacerme cargo de algunas tareas del hogar, ¿sos loca vos?

11) Ante enarcamiento de ceja muy evidente por parte de Tootoo Baobab (insubordinación y coraje), Ipiranga manipula la calculadora un poco más y resulta que no, en realidad trabaja 1900 horas al año, es decir: LO MISMO QUE TOOTOO BAOBAB.

12) En total desacuerdo con los principios que sustentan y consustancian las denuncias de Tootoo Baobab y repudiando

absolutamente el planteo en sí mismo, declara Ipiranga que lo único que puede hacer para darle una respuesta (y con esto se termina la discusión) es que deje los platos de la noche sucios y que él, cuando tenga ganas o tiempo o pueda o se le cante, verá qué hace y si quiere.

13) Si en el futuro este tema, ya tratado y resuelto de esta forma, volviere a surgir habrá represalia.

Despierta en este punto Tootoo Baobab de su sueño, en mucha parte memoria, estómago en armas movilizado, todo cólicos, eructos encendidos de acidez. Algo de la pizza había probado al final, a contrapelo de lo recomendable y su aspecto Nagasaki, olorcete rancio castigador de narices. Paga su audacia con calambre estomacal, pronóstico de desarreglos mayores en el horizonte del porvenir. Afuera sigue la lluvia, pero amansada, tipo cautiva. A su alrededor, la socialidad se da como fait accompli, derivada del estar de hecho juntas. Malatesta charla con recién llegadas, toman mate, fuman. Escucha Tarek desde su rincón sin perderse detalle ni tampoco participar.

Incorporarse es para Tootoo Baobab sucumbir a marea de náuseas que se suceden en oleaje con metrónomo. Entiende primero que se siente mal a nivel intelectual, no reacciona, le falla la costumbre. En seguida, ¿viene vómito? No conoce dónde queda el baño, decide salir al patio central, devolver jugos gástricos bajo la lluvia, sobre la rejilla. Cada poderoso espasmo la dobla en dos hacia adelante con violencia, como marioneta obediente, hasta dejarla escupiendo en cuatro patas.

Toalla en mano Tarek la ayuda a incorporarse. Vasito de agua para que haga buche, corra el mal gusto de su boca. Camino de vuelta al sillón recuerda Tootoo Baobab la semana de atraso, Evatest, morral robado o en poder de las sirenitas del Orden hasta nuevo aviso. Perspectiva de posible nuevo ser en el bombo le hace tambalear convicciones, deseos, decisiones que pasaban por firmes. Se siente mal, ansiosa. Billetera, llaves, documentos, todo le quitaron amparadas en la distracción generada por fatal romance entre puntero territorial pro aborto clandestino y periodismo con debilidad amarillista. Nada le restituyeron al soltarla o ella olvidó pedir, pasar por algún mostrador al final de pasillo: cuestión que es ahora tan solo una cuerpa, no más.

En aras de clarificar su situación —lo necesita— alongada de nuevo

en el sillón desastrado, rodeada de gentes sensibles, Tootoo Baobab se plantea comprar nuevo Evatest, ¿con qué plata? No le parece bien pedigüeñar y menos a menesterosas revolucionarias, bastante con que tuvieron a bien recibirla. Les plantea deseo de volver a la comisaría a reclamar lo que es suyo, les pide ayuda. Se excusa Malatesta: pasa que tienen mitin de planeamiento con las compañeras. Nuevo aniversario de la muerte de Ramón L. Falcón bla queda mucho por organizar, ver estrategia de redes, cómo comunicar, tiempo mezquino no alcanza. No sabe que la web está muerta. Todavía no se entera.

Gris entorno, pelos de brazos y piernas alzados, índice de que todo mal, Tootoo Baobab se pone en marcha. Parado junto a ella, Tarek le saca dos cabezas, desde su atalaya otea el horizonte. Huele su humanidad pura fibra a hombre-gacela, de movimientos elásticos: su avance no se escucha. No sabe Tootoo Baobab de cuánta ayuda será, o si entiende adónde va, cuál es el objetivo de ese viaje que se inicia. Largo el trecho hasta Flores, cuentan solo con sus pies.

Capítulo segundo
De cómo fue a la comisaría y lo que camino de ella sucedió

Muerta la www, boca a boca se impuso como plataforma informativa primera preferida default, único medio popular resistente al cimbronazo ocasionado por el desfallecimiento de la bella. Diarios, televisión, radios se volvieron experimentos imposibles por quita de colaboración del reino artefáctico: fake news salieron a pavonearse empoderadas, urbi et orbi. Radiopasillo (me contó que le dijo que el portero le confirmó) reclamó su imperio.

Transcurridos los primeros siete días desde el ataque devastador al centro emocional del sistema capitalista, la imposibilidad de continuar como hasta ahí por culpa de dificultismo técnico irresoluble se volvió evidente. Se impuso desandar tecnología hasta antes de noviembre de 1989, cuando clientes y servidores no se conectaban aún, ni Berners-Lee hacía bailar http con url, o sea: recordar cómo se hacía todo antes, en la Era Analógica, en espera de que "alguien" apareciera para arreglar este desquicio, el estropicio. Lamentable mente, "alguien" se encontraba en Villa La Angostura, haciendo relax en reposera. Nadie se enteró, de todas formas, ¿cómo harían? Ahí quedó.

Desenchufadas de la matrix de a millones por un mismo único movimiento, cundió el pánico en oficinas de toda especie, empleadas de pronto sin tareas por falta de sistema se volcaron en masa a limpiar estantes, organizar cajones, poner orden en armarios. Charlas de pasillo, una nalga sobre escritorio de carismático compañero, mate en movimiento continuo, ambiente asambleario a diario sin esfuerzo. Me contó mi amiga que en provincia empieza a faltar comida. La empresa

no comunicaba (porque no sabía) qué sucedía. Las labriegas primero se ofuscaron (interpretaron silencio como destrato). Luego, pícaras, aprovecharon: mejor así, vacaciones pagas, mujer, olvidate.

Inesperadas carradas de tiempo ocioso en manos de subjetividades de sólito cautivas, impreparadas para la libertad, royeron tejido molecular empresarial a velocidad sin precedentes (el famoso "aceleracionismo"), dejándolo a la miseria. La patronal no tenía idea de qué pasaba ni si se iba a resolver, su desorientación se notaba, y mucho. Por un rato, las siervas siguieron apareciendo en sus puestos de trabajo por Inercia, deidad estrellada del momento.

A poco, pico de Angst social dio pie a ola de suicidadas. Caían como moscas. Otras, comprometidas con las derivas del desarreglado presente, empezaron a faltar, simplemente, en medio de tanta confusión, para reaparecer más tarde masacradas de maneras absurdas, seguidas de explicaciones burdas en boca de distintas dependencias del GATO, cuyas funcionarias se fueron atrincherando con una como naturalidad en lengüeta territorial que unía algunas manzanas en torno de lo que fue Congreso con las aledañas a Casa Rosada: La Ciudadela. Para lo cual hubo desalojos forzados performados por la UCEP (Unidad de Control del Espacio Público) vuelta violentamente contra el ámbito privado. Familias enteras clasemedieras conocieron la desesperación de amanecer en la calle, donde por otro lado no pudieron hacer nido. Les convino más pronto que tarde migrar sin alarde junto con sus petates para que no les pegaran por ocupar lo que el GATO percibía como de su propiedad, cuya limpieza era responsabilidad —loco, ¿no?— de la temible UCEP.

Hubo también saltarín de balcón con bolsa en la cabeza (sirvientitas del Orden interpretaron suicidio), acogotado con cinturón propio, colgado ya fiambre de ventilador (juego sexual onanista), ahogado en el tramo del río Chubut que pasa por Cushamen (quería nadar y no se acordó de que no sabía). Apenas ejemplos.

Estallada histeria colectiva sálvese quien pueda se incrementó por el increíble nivel de represión popular incomprensible. Comunicativo aunque unidireccional, el GATO echó mano de A4 fotoduplicadas entregadas en vía pública en las esquinas linderas de La Ciudadela gracias a la afanosa labor de una legión de trabajadoras eventuales con

esperanza de cobro a futuro, cuando Normalidad vuelva. El bando urgía a no caer en la desesperanza, explicaba que esto había sido una fiesta y depositaba augurios de mejoría en el segundo semestre (de cualquier año). En paralelo, por las dudas, el GATO instauró estado de sitio, desencadenando feroz disputa por el control de las calles, que pasaron de manos del pueblo a las sirvientitas del Orden al pueblo a las sirvientitas del Orden en un ida y vuelta que no parecía tener fin, al ritmo de algunas pequeñas molotovs y rimas algo fáciles que incluyeron las palabras “orto”, “ojete”, “culo”, “romper”, “trolo”, “puto” y demás consabideces políticamente incorrectas para con la comunidad gay. El GATO no acusó recibo ni suscribió decreto que protegiera estas idiosincrasias. Por lo visto, el 174/2018 había agotado su capacidad empática por lo minorizado.

Este es entonces el panorama que tiene por delante, en la reserva de futuro inmediato, Tootoo Baobab la mañana que fija rumbo hacia comisaría de Flores para recuperar Dragón y morral. Interés primero principal: performarse Evatest para salir de dudas. Acompaña Tarek en regio Sancho, sin panza y con líneas generales de dios africano.

Apocalipsis apenas iniciado, todo parece aún igual a siempre. En zona Congreso topan con que no se puede acceder a la plaza, sirvientitas del Orden se afanan en construir lo que parece muralla, con custodia armada hasta los dientes. Frente a ella, indiferentes, caceroleras espontáneas protestan contra el mundo y el presente. La manifestación se acompaña con rítmicos bocinazos de automovilistas esporádicos que aún circulan y se suman a las bípedas en la queja contra lo que entienden como falta de creatividad del GATO para enfrentar la realidad vigente (la vulgar “cintura”).

En eso ve Tootoo Baobab motoquero acelerante circular sobre vereda, a contramano del casi inexistente flujo automotor. Lo ve venir Tootoo Baobab embobada medio idiota, sin conectar que al final de su recorrido está ella. El hipnótico movimiento ronroneante deja estela en forma de gritos. “¡Chorro! ¡Hijo del culo!”, señoras que tropiezan, se doblan tobillos, sobre sus taquitos van, agitando brazos como aspas de ventiladores tres velocidades. Un descuidista entre la multitud. Pasa. Lo que no le parece tan rutinario a la retina de Tootoo Baobab es la de pronto reacción de las autoconvocadas. Vahos de odio suben se

expanden contaminan se potencian, psiquis y voluntades sumadas como ondas senoidales. Vuelan piedras, vuelan palos (ex soportes de pancartas) hasta que moto inclina su cerviz, pierde agarre, se desliza hacia el pavimento, giran ruedas en el vacío, motochorro sin decir pío atrapado entre pesada mole y piso. Ahí lo pesca la voluntad popular y le da: machaca fulero con objetivo claro de convertirlo en carne picada. Parecen de acuerdo las autoconvocadas en ejecutar patada de gol sin respiro sobre carne caída hasta que, entre la multitud, voz discordante se hace oír:

—¡¡PAREN, CHE, LO VAN A MATAR!!

Fuenteovejuna interruptus para ofuscación de las allí reunidas, endorfinas por las nubes culpa del acelere, dedican segundos robados al impartimento de justicia popular a observar de arriba abajo cuerpa que vehicula ese pedido de decencia. Verla y desestimarla es el mismo, elástico, movimiento. Convertida por esa pequeña frase en enemiga amante de chorras y otras clases de afanancias, gorda puta trola incogible, se vuelve ipso facto ella también blanco de agresión. Impulso inexplicado surge entonces de Tootoo Baobab (llamale "sororidad" o como quieras), hasta entonces testiga silenciera de los hechos, avanza, enganchan manos, encierran al caído en posición fetal, sangre por todos lados, lo escudan con sus cuerpas. Mientras, hablan: explican sobre ser humanas, mejores, no caer en el arrebato criminal de la venganza, bla. Nada alcanza. Una bofetada sienta de culo a Tootoo Baobab sobre el ello durmiente. Tarek interviene cuando la cosa ya no da para más. La imponencia del Senegal es otro cantar, ahí sí se presta atención, se hace mutis, segundos de miradita cruzada entre las delanteras, a la espera de voz de aura para recomenzar patadismo sádico. Bochinche cacerolero en derredor y sin embargo: hipo de como silencio coincide con Tarek, que alza al fiambre a fuerza de bíceps, consulta ocular a Tootoo Baobab hacia dónde. Escapan por donde vinieron, más o menos una cuadra. Hacen base frente a un portón, alguna vez garaje. Esperan a que la agitación pase. En ese entretanto, Tootoo Baobab se interesa por la solicitante descolocada, que resulta llamarse Aurelia Futura, de vocación actriz, aunque

eventualmente labura (de otras cosas). Pero al mínimo, solo cuando lo juzga indispensable, tras semanas de abluciones con agua helada por factura no pagada o menú a base de papas almuerzo y cena, como en seguida explica. Aurelia Futura es hongo atómico que gesticula, habla rápido sin contemplar parates para respiración o chequeo de comprensión, baja pitufo con pelos encendidos en la cabeza. Los cien metros reculados le alcanzan para aclarar que está furiosa por "lo que está pasando". Que vendría a ser, aclara: que cada día una mujer desaparece para volver violada matada descuartizada adentro de una bolsa en baldío o zona lindante con río. Día por medio, además, se obliga a pequeña impúber a parir futuro ingeniero, Alien producto de violatoria encamada perpetrada por vecino geronte (impune). Muerta la incubadora en el quirófano por culpa o complicaciones de intervención cesárea de urgencia, GATO preocupacionado mueve hilos de buen grado para que el ser que lucha por seguir en carrera sea adoptado "por una familia prominente" (no como la incubadora, que en seguida entendemos lo que era: negra villera). #Harta la tiene esta realidad a Aurelia Futura y por eso celebra "esto" (parece no tener idea de qué es, como todo el resto). Tarek aprovecha inesperado segundo de interrupción en el chorro discursivo de la monologuista para abajar al chorro muy golpeado que empieza a cansarle los brazos. Abre ojo rojo en compota el agredido salvado, mucho batir de pestaña para inquirir acerca de su moto, que la extraña. Detalle por alto pasado por el trío rescatista circunspecto, ahora de pronto lo perciben como falta o error de cálculo. A Aurelia Futura le hace gracia el desliz, o está nerviosa, ríe como una osa que es feliz. Casi linchado pero aun así contrariado le devuelve circunspección con mirada que es como cachetada: queda claro que según él deben ayudarlo a recuperar a la rehén, que yace de momento tras las líneas enemigas. El precio de meterse. Rancagua me llamo, se presenta el indolente, de pie con suerte, como un ente.

Pasada la conmoción, Tootoo Baobab vocea que ella hasta Flores non stop. Puños en la cintura, invita a Tarek con observación muda. Su respuesta llega en forma de dedos amuchados que ingresan en boca a repetición, gesto de que se encuentra ante las puertas de descompostura por inanición. Rancagua insiste en su pedido solidario,

en este punto solitario, aclarando que lo del choreo es changa part time, su trabajo ganapán es de mensajero delivery. En seguida se descerraja contra Glovo, Rappi y PedidosYa, startups de mierda que vinieron a explotar a las hermanas venezolanas, llegadas de hambre tan cagadas que dispuestas a cualquier cosa, a arruinarle la existencia a las nativas agremiadas, como él, de pronto percibido como "inconveniente", "un problema", "caro". Exhibe credencial de afiliado a la Asociación Sindical de Motociclistas Mensajeras como prueba de lo que alocuta. Fascinada por el rumbo que este intercambio está tomando, Aurelia Futura aporta de su cosecha que ella mantiene relación abierta, sana, con el trabajo: siempre muchos a la vez y variados, responsabilidad nula en lo posible. Sus palabras causan sorpresa, desorientación, silencio de suspendida atención, que Aurelia Futura aprovecha para observar esa cuerpa castigada, consultarle si le duele y dónde. "Todo", contesta el afectado, se sonríen. Tanta cháchara de entendimiento despierta a Última Ama de Casa en Tootoo Baobab, que grita su desgracia de ser madre (posiblemente otra vez), laburar ocho horas por día en un pasillo sin ventilación ni luz natural y además cargar con el órdago de ser tutora por default de los movimientos peristálticos de un hogar. ¡JAMÁS! ¡Jamás firmó ella en ningún lado —lo aclara sacada para las que preguntan o se imaginan otra cosa— que iba a tener que ocuparse de levantar calzoncillos manchados y lavar platos hasta que la muerte la separe! Aúlla y llora, golpea con los puños su pecho, se mece los cabellos, toma a las presentes por sorpresa. Desde toda su altura, Tarek con premura se acerca, la abraza contenedor. Tootoo Baobab se deja hacer mientras amaina su padecer.

—Decime qué te define sin mencionar trabajo, edad o preferencia sexoafectiva —continúa Aurelia Futura, en claro intento de llevar la conversación hacia donde a ella le interesa.

Faltan mate y bizcochos para amenizar intercambio tan sesudo, de hecho Tarek vuelve a comunicar —deditos adentro de la boca— que tiene el estómago hecho un nudo. Rancagua monitorea su moto caída, caída del interés, a lo que parece, de la voluntad popular, que salió a expresarse, cacerola entre las manos, en contra de lo que sea que esté pasando, lo palpable es que desde el decreto nefando anda todo

pésimo, cada vez peor.

Soborno melifluo, Rancagua invita ronda de panchos si lo ayudan a recuperar su medio de vida. En seco, eso sí, porque anda la bebanda de precio por las nubes. Expropiada de sus pertenencias en la comisaría de Flores, golpeada y bastante hambreada, Tootoo Baobab acepta, también en nombre de Tarek, que ya sabemos: no entiende un soto. No parece posible proceder en lo inmediato, de todas formas, al menos no hasta que las autoconvocadas se cansen de charlar corear gritar y desconcentren. Desde donde está el cuarteto, a unos cien metros, vigila la moto decúbito dorsal, aguarda. Tarek entiende que la cosa va para largo, decide tomar asiento en el cordón, se descalza. Lo percibe Tootoo Baobab entrenado en hacer tiempo, o será relativismo cultural mal aplicado.

Conforme pasan los minutos, la cara de Rancagua comienza a hincharse y adquirir pátina brillosa de globo a punto de estallar, cachetes a la cabeza, con lo cual se le dificulta el hablar, lo que afecta entusiasta intercambio en marcha con Aurelia Futura, que interrumpe alborozada exposición razonada para consultar si puede hacer algo por él, compunción en la cara.

Recuperan la moto no bien la manifestación espontánea de indignadas deviene archipiélago de islas satisfechas por haber tomado la calle, expresado su parecer. Tras alguna dificultad para devolverle la verticalidad, logro solo posible gracias a la colaboración del bíceps poderoso de Tarek, protagonista de esta historia, enfilan hacia Once, en busca de esos panchos perdidos. Sin ganas de manejar y además porque apenas ve, la cara hinchada tensa, Rancagua arrea su moto apagada de la testuz. Las ven pasar las sirvientitas del Orden, en compás de espera tras haber golpeado, detenido e inculpado falsamente a las olitas autoconvocadas de la marea popular. Inmóviles insondables, ahora de pronto se disfrazan de poste al margen de los hechos, observan el devenir histórico sin meter de momento la cuchara.

Escasismo de billete reduce bastante la operatoria del grupete. La única verdad es la realidad y la realidad es que más allá del bello gesto, deprimido presupuesto de Rancagua no alcanza para atender las necesidades alimentarias de todas. Dependen en parte de la buena

voluntad de las extrañas, reacias a ejercerla por el confusionismo que de pronto se está viviendo. Mucha persiana baja van viendo, encuentran a su paso una como desorientación de feriado nuevo. Alcanzan el Once, sus recovas. Mucha gente en la calle, semiacampando en la plaza, gastando tiempo, lo único que hay, que tienen, tratando de averiguar qué onda, qué se sabe, qué pasó, qué es esto que pasa y sucede.

Se apersona Rancagua hasta gastronómico rodante, ejercita labia regatea ríe es re simpático a pesar de la jeta morada hecha papilla logra convencer, torcerle la mano al laburante que termina aceptando los billetes que le tiende, insuficientes, a cambio de pancho para todas, pero básico, eh: sin papitas. Se acomodan en los canteros de la plaza a embuchar mientras ven a la gente pasar. Se lamenta Rancagua amargamente: de su suerte ladina, de lo difícil que resulta llegar a fin de mes con familia numerosa, mujer y tres pibas en Moreno. En el frente remisería, en los fondos ellas, cachureando, carancheando, sobreviviendo. Las pibas en el cole todas, ojo. Mientras se pueda. Mastican acompasando suspiros de qué vachaché mientras rostro vuelto bofe sanguinolento se sigue inflando, reclamando a gritos atenciones específicas. Empática, Aurelia Futura invita segunda vuelta, por Tarek sobre todo, cuya imponente altura e impactante eslora vuelve evidente que necesita de cualquier cosa mucha cantidad para mantenerse en actividad. Ahora tienen sed. Y a Rancagua vuelto un problema: a punto de estallar. Propone Aurelia Futura acompañarlo hasta la Guardia del Ramos Mejía a que lo miren, confirmar que todo está en su lugar, papu, me hacés reposo siete días y estás afuera del pozo. Su predisposición maniática de ayuda al prójimo, que sindica típica de jipa con Osde, al pedo por la vida, saca a Tootoo Baobab de quicio y casillas, reencendiendo la chispa de conversación interrumpida acerca de lo que se debe y se espera de una mujer.

—Para nada —pulveriza Aurelia Futura los argumentos desgranados con odio por Última Ama de Casa—, hacerle el juego al patriarcado hubiera sido dejar a este pobre muchacho tirado para que lo masacraran. No olvidemos que patriarcado y capitalismo, es decir —se esfuerza Aurelia Futura para utilizar términos que su interlocutora pueda seguir—, propiedad privada y sometimiento de la mayoría para

aumentar la renta de unas pocas, son lo mismo.

Frustrada porque no logra ganar la discusión —dándole la nuca, por lo bajo, “Me tenés harta, pelotuda”—, Tootoo Baobab lo lamenta muchísimo pero anuncia que sigue rumbo a Flores porque ella *sí* tiene cosas que hacer una vida bla lindo conocerlas besis. En segundo plano, fijando los ojos de Tarek, no puede evitar preguntarse si esa vida que invoca es todavía suya, visto que la abandonó, maridito e hijo adolescente incluidos, a la buena de Dior. Se hace segundo de silencio que Aurelia Futura aprovecha para aclarar que, siendo estrictas, más vida tiene ella porque más libre, con menos carga de obligaciones ridículas autoimpuestas o mandadas por la sociedad. Interrumpe la docta discusión Rancagua para confirmar que en efecto desearía ir a la Guardia, que no da más, se siente roto por adentro y además del dolor no ve nada, párpados en compota supuran líquido pegajoso que transmuta en pequeñas piedras maravillosas de algo que parece resina natural: devenir planta en marcha.

El hospital Ramos Mejía ocupa toda una manzana. De sólito circulante en provincia, Rancagua desconoce usos y costumbres, lo mismo que Tootoo Baobab, aunque por razones diferentes. Como tantas otras marionetas de oficina la susodicha usufructúa prepaga con clínicas privadas, más limpias y con menos gente, o sea, demora, mejores médicas (eso piensa ella). En cambio, Aurelia Futura sí sabe, todo: su manera de vivir medio a la intemperie, explorando los errores de la matrix, sus intersticios inesperados, en varias oportunidades la depositó en guardias hospitalarias como esa que ahora pisan. La última, por sobredosis de pepa, malviaje que estuvo a punto de terminar en salto al vacío desde un octavo piso. La tentación de volar.

Ventoso, hojas muertas alzadas atacan danza banal en brazos de las corrientes silenciosas que habitan la noche que empieza. Lógica entonces la horda de zaparrastrosas amuchadas en la sala de espera, atrincheradas ante lo que parece promesa de nueva tormenta tremenda por venir. Desarreglo climatológico que tiene su reflejo en el plano político: presidente volviente de Villa La Angostura se hace por fin presente en La Ciudadela para presidir el ente Ejecutivo. Aconsejado por prominentes referentes del Partido del Cambio, suma declaración de emergencia nacional al precedente y ya corriente

estado de sitio, en vistas de que el GATO no entiende qué pasa ni a nivel mundo ni a nivel país ni —menos— a nivel cambio. A continuación, en imprevisible arranque populista y en vistas de afianzar por un rato paz social que percibe frágil, el GATO estataliza servicios de agua y luz, cuyas instalaciones en seguida militariza. En bando extraordinario de entresemana aclara que ¡¡no se inunda más carajo!!, asegura continuidad de los servicios tal como hasta ahora (aunque por ahí tal vez se retoquen un pelín las tarifas en el segundo semestre, queda por verse, no hay nada cerrado o decidido) y en todo estás vos.

Sin personal del hospital a la vista, ni cartel o papel indicativo o explicativo, rodeada de cuerpas en hibernación Aurelia Futura indica lo que se estila en estos casos: aporrear puerta de consultorio 1 y esperar a que alguien aparezca. Machaca nudillos con decisión en golpes que resuenan concitando la atención de las que allí parapetadas se encuentran de las inclemencias climáticas, de la noche. Se observan quedas, silentes, todas con todas. A esta altura, Rancagua casi no logra separar los párpados ya, pegoteados por la sustancia amarillenta. Piel vira hacia el violento violáceo, cada vez más brilloso y encendido.

Bate nudillo Aurelia Futura hasta cansarse, sin pensar ni una vez en abrir la puerta: tabú. Se hace larga la espera. Toma asiento Rancagua para seguir aguardando el milagro. Encima de él, cartelería autoadhesiva del GATO invita: “Escaneá el código QR con tu celular y elegí entre cientos de libros para leer mientras esperás”. El fresco se cuela por ventanas rotas o que no cierran, tubos de luz titilan psicóticos descolgados del techo.

Llevan ya hora larga como intérpretes de potus cuando sin previa de ninguna especie la puerta se abre al fin para alumbrar lo que decodifican como una enfermera, dormida o drogada a lo que parece, la percepción con seguridad alterada, inquiere quién está para Guardia y qué le pasa, por qué vino. Atropella Aurelia Futura rápida de reflejos, del brazo la conduce hasta Rancagua, apagado derramado sobre la silla donde se había arrumbado para esperar, descansar. Muerto o desmayado o dormido, colorido sapo amazónico extraordinario parece. Atestigua durante algunos segundos el espectáculo la alucinada, manos en cintura consulta si pueden

trasladar la cuerpa al consultorio, donde hay camilla para “ponerle un suerito” hasta que se anuncie autoridad (más) responsable. En el centro de la escena una vez más Tarek, estatuario, esquivando comprensión de lo que pretenden de él y su poderío muscular (¡oh, el bícep!) y gran altura. Tootoo Baobab echa mano de su altísimo rendimiento como mimo, producto de incalculable cantidad de tardes a solas con niño Pitón, para hacerle entender lo que esperan de él. Tootoo Baobab con A4 sobre la cabeza en mitad del comedor transmutada por arte de la imaginación en Totoro bajo lluvia torrencial en mitad de hermoso bosque japonés era clásico de esas tardes infaustas. Más se repetía la escena igual a sí misma, más la celebraba niño Pitón encendido de placer por la iteración, clave de su gozo infantil. Consumida por la amargura de no poder disponer del tesoro de ese tiempo escaso desaprehendido de la garra laboral para destinarlo a cuestiones de interés (para ella), Tootoo Baobab ponía la cuerpa en lo que vivía como una inmolación injusta. ¡¿O lo hice sola a este pibe yo?!

No bien divinidad nubia deposita a Rancagua sobre la camilla, enfermera le alza la remera, descubren torso plagado de oscuros moretones, galaxia que exhibe estrellas de tamaños desparejos, formas e intensidades, en la gama del verdivioláceo. La seriedad de su estado toma el rostro de la profesional, que lo conecta al suerito anunciado para en seguida retirarse al trote por bambalinas sin ofrecer explicaciones. Llegado el momento de vaso rebalsado, esto es demasiado, las coreutas se consultan con los ojos, al fin y al clavo, ¿quiénes son ellas ni qué las ata con el caído en desgracia más que una buena acción anclada en confusorio pasado, ya ido para nunca más volver?

A decir verdad, no saben qué esperan. Braceando en un mar de aburrimiento, Tootoo Baobab recuerda que tiene sed, insatisfecha desde la deglución del par de panchos. Intercambia en voz baja con Aurelia Futura acerca de los pasos a seguir. Tranquilidad mental le procura verla tan en control de la situación, con lo cual se siente libre para emprender cauta exploración de las instalaciones, cerradas al público por lo tardo de la hora. Desde el pasillo que une los consultorios de la Guardia por detrás, el acceso a hall de distribución

central es casi inmediato. Vigiladora dormita sobre su banquillo a un costado de las puertas cerradas, como ante la ley, desinteresada del mundanal ruido, siempre que suceda del otro lado del vidrio. El movimiento intestino operado por Tootoo Baobab en los desolados pasillos solitarios la alerta, despierta se incorpora con la diestra en la pistola. Pregunta quo vadis qué onda. Por las dudas, Tootoo Baobab responde con las palmas a la altura del pecho. Saciada su sed de información, la vigilanta se aviene a indicarle de mala gana dónde queda el baño. Subyace la idea de que conecte la trompa a la canilla. No, bebederos no hay. Los reemplazaron con dispensers hace años, pero luego nunca se compraron los bidones de agua. Se llega nuestra heroína hasta los baños, que son un asco de excrementos sobre asientos, pis y heces como peces. Papel higiénico usado por todos lados y un olor que es baranda. Acre a bacteria repantigada, lista preparada para lanzarse al ataque. Retrocede asqueada Tootoo Baobab cubriéndose narices y boca, contrariada bastante frustrada lanza patada que impacta en uno de los lavatorios. Vuelve cojeando a la Guardia, envuelta en nube de mal humor, de sed aumentada. Boquea un par de veces, mi reino por algo líquido, la vemos a continuación saliendo del hospital, encarando a las que ranchean en los escalones del ingreso, palmitas juntas a la altura del pecho, en caricatura de virgen o almita buena. Las chicas de la banda le pasan el tetra todas sonrisas y codazos en las costillas, señal de que les parece rara la petición, bah: la situación. Tootoo Baobab se desentiende de suspicacias y cuchicheos, se prende del pico de cartón como ternero mamón, chupa con abundancia y en profusión.

Se respira aire y libertad en la vereda. Aparece Aurelia Futura, Tarek a la cola, con pedido de Rancagua. En fugaz vaho de conciencia ganado a su lockdown cerebral, tuvo pensamiento y fue para la moto. Que se la dejen por favor a reparo, de manos amigas de lo ajeno, de la furia natural (lluvias, granizo, huracán). Es que la uso para trabajar, háganme la gauchada, luego: vómito e inconsciencia, tsunami que todo se traga. Qué cagada: el bienpensismo o progresismo las ata, a pesar de que es tarde y están cansadas, agotadas.

Acabado el tetra, agradecida la sororidad de las que se encuentran ahí rancheando o el tiempo pasando, nuestro trío ditirámbico se

desplaza por los alrededores del hospital en misión exploratoria. Tarek arrastra del manubrio la moto, que avanza mansa. Creyeron que sería fácil encontrar dónde dejarla, liberarse del encargo, ahora en cambio no ven techos ni postes macizos a la altura del nivel de seguridad y reparación que buscan. Tampoco estacionamiento abierto 24/7. Más bien encuentran todo bastante cerrado, clausurado, persianas bajas y en ellas carteles pegados, de "Sin servicio hasta nuevo aviso", garabateados con marcadores casi secos. Frustradas con la suerte que no colabora, bufan contrariadas alternadas. Tootoo Baobab siente frío a pesar de las gárgaras con vino, vagas ganas de retornar al hogar, a su cálida comodidad, funcionalidad sin ínfulas. Muebles, pocos: no hay ostentación, tampoco necesidad que no esté cubierta. Tienen sillón en L, escritorio, cómoda, dos bachas en la cocina. En las habitaciones, luz directa natural. Como viven en seguida bajo la terraza, baño respira al exterior a través de ventanuco en el techo. La intimidad se protege con pequeña pirámide de vidrio esmerilado, que perras de vecinas codician para sus micciones toda vez que pereza las saca a deponer a la terraza. Las detesta Tootoo Baobab, a perras y dueñas, sus ladridos, su incapacidad para entender la molestia que resultan para las otras (ella). Se piensa a sí misma enojada, se sorprende. Se pregunta ahora cómo pudo indisponerse así, tanto, para hacer abandono de hogar, dejar ese contexto tan adecuado a sus necesidades, derivas habituales. Pasado, a lo que parece, el pico de odio contra la humanidad y en especial contra Ipiranga, su incontinencia irrefrenable de pito y su hijo Pitón, Tootoo Baobab comienza a añorar lo que conoce.

Vuelve a sí para apercibir despuntar adolescente en niño tirado boca abajo en la vereda a centímetros del cordón siendo pisoteado maltratado por manada desquiciada de sirvientitas del Orden en su versión nocturna: regias en sus trajes antimotines, en las manos palo de abollar mitines. Se ciernen sobre la pequeña presa, que desconsolada reza, manos esposadas en la espalda. Uno tiene la bota sobre su cuello: lo pisa, mientras departe sin arte con sus laderas o compañeras. Se comentan la sospecha, incomprobada, de intento de robo y mancilla de propiedad privada. Ojo que tiembla, es lo primero, en rostro tenso de Tootoo Baobab. Y un calor que le sube le altera el corazón que bombea, taquicardia. Tootoo Baobab, clavada de pronto

en un punctum de la vereda fija observa el encarnizamiento policial. Siguen de largo Aurelia Futura y Tarek, tratando de no (hacerse) ver por las sirvientitas del Orden. Entonces: rugido gutural profundo se escucha aullido arcaico denunciador de injusticias e iniquidades, odio convertido en sonido explotando en la garganta, grita vuelta loca Tootoo Baobab, así como está se abalanza: "¡¡¡DÉJENLO EN PAZ, HIJOS DE LA MIERDA!!!". Más tarde, Aurelia Futura atribuirá este acto irracional de justicia a la bebida.

La manada la muele a bastonazos y patadas. Una vez hecha papilla knock out la detienen, por obstrucción y por hablar en masculino, invisibilizando horriblemente a las mujeres que forman parte del grupo de sirvientitas. Desde donde se encuentran, Aurelia Futura y Tarek observan el arresto, en ascuas por el inesperado y pavoroso giro de los acontecimientos. Ven todo: a Tootoo Baobab embestir como un toro con la cabeza gacha por delante. Atmósfera de irrealidad rodea la escena improbable de mujer madura, Última Ama de Casa, lanzando patadas y mordiscos, furia poética insuficiente contra jauría de gorras que la reducen a golpes de bastón y pisotón. Sigue Tootoo Baobab en movimiento, durante varios minutos, tipo epiléptica irreductible. Hasta que uno pela picana y le da en las costillas. Tootoo Baobab dobla rodilla, babeante la boca, cuero cabelludo, pómulos, nariz y boca escupen sangre, se derrumba junto al adolescente, que pregunta: "Señora, ¿está bien?".

Capítulo tercero
De cómo fue a la comisaría y lo que una vez en ella sucedió

El Ataque devastador al centro emocional del sistema capitalista inauguró nuevas formas de ardua supervivencia. Rebusque filibustero-canyengue se convirtió en rey. El desabastecimiento fue ley casi de inmediato, con él pasaron a saludar las melli: Hambre y Escasez. No bien fue claro y evidente que el ataque había sido no así nomás sino del tipo bastante eficiente, fiero muy severo, las porteñas empezaron a fantasear con arrancar. Las que podían (o sea: las pudientes) ya se veían en auto a otros puntos del orbe, esperanzadas (oh, vanidad de vanidades) con que nuevos puertos significarían perspectivas mejorantes. Otras soñaban con partir en cochecito al interior. A los siete días del ataque, medios de locomoción ya casi no había, trenes, barcos y aviones padecían avería de computadores procesadores, agonizaban en hangares y puertos. Solo por tierra moverse podían las que tenían acceso a combustible, en autos bastante viejos, sin componentes inteligentes. Ignoraban las que irse o escapar querían la dimensión tectónica real de los acontecimientos, cien mil en la escala de Richter: herida de muerte la tecnología, el capital implosionaba y tras de sí arrastraba capitalismo y patriarcado. Todo lo que conocían se desvanecía, eso lo entendían. Lo que quedaba era nuevo orden aún en cocción o preparación, en medio de anarquía. En un tris, la dimensión urbi et orbi ipso facto de la vida desapareció, quedando solo lo local, el boca a boca: la cuerpa. Lo lento.

Apenas moverse puede Tootoo Baobab, como caracol o babosa, arrumbada una vez más en celda del fondo, descarapelaje y estética

muy caída en derredor. Por el corredor, lo mismo: moho, olor a meo: déjà vu. No están en Flores, sin embargo, la comisaría es otra. Está rota Tootoo Baobab, esta vez de verdad, literal: zamarreada golpeada pateada pisoteada machucada, le duele ser. Tiene costras, sangre seca como pecas o mugre en cuerpa y cara, pegotéandole el pelo. Respirar le hace mal. Lo mismo que pensar.

—¿Cómo se siente, doña, está bien? —Menor de edad, al verle abrir lo que puede de un ojo.

—Re bien pibe re bien fantástico.

Conversan de a vellones que salpican el silencio. Son como astronautas que se impulsan a chorritos de nitrógeno. También dormitan, mal e interrumpido, en el piso muertas de frío. No hay esta vez punteras políticas o senegalesas, apenas Tootoo Baobab y Menor de edad. Así llegan a mañana siguiente, navegando tiempo a contracorriente, el maldito parece detenido o circular en redondo, ourobouros anillado sobre sí mismo se devora la cola, vuelve al comienzo, a empezar sin cesar mil veces en el mismo lugar.

Interior de celda umbrío, todo lo quieto está frío, sumido en respiración silencio. Tootoo Baobab y Menor de edad son dos extrañas incómodas en situación extraordinaria: verse así, ahí, no hay sesera en la que quepa. Tampoco hay queja. Como si de pronto ahora ambas comprendieran lo extraño, extemporáneo, de esa defensa inopinada, no pedida y sorpresiva. Cohibidas, se observan a distancia con recato, de reojo. Se miden, se estudian.

Chorro de tiempo escurre sus gotas. Vuelve el hambre, dolida de panza se acaballa a traumática de ovarios en el caso de la adulta, que por otro lado sucumbe a ráfagas de acidez. Cuerpa decadente o en gesta de engendro, aún no se sabe ni puede Tootoo Baobab entenderlo.

Tiritan. Piden frazada o cobertor de algún tipo a los gritos. Palabras que caen en oídos sordos. Poco es lo que llega a la celda desde el exterior. Suponen vida reproduciéndose gracias a compleja fotosíntesis a base de represión explícita y resistencia popular mal orquestada. Las sirvientitas comentan un supuesto recién declarado estado de sitio, no les queda claro, bien, qué significa, hasta cuándo o cómo funciona con exactitud. Observa Tootoo Baobab a su compañero de caída en desgracia, piensa en su Pitón, misma edad, alergia a la obediencia

debida, manía por la repregunta insolente con flequillo, escolarización con dificultades, cabezadurismo marmóreo monolítico. En algún momento se vuelven a quedar dormidas, aburridas de la nada que las entretiene, a pesar del hambre, la sed.

Una explosión les sacude la modorra. Entre nube de detritus tosen en medio del zumbido que queda tras el ruidazo, oídos aturdidos por el estruendo pirotécnico apenas pasado. Todo parece flotar en el aire. Siguen gritos, pasos apurados, contramarchas, arreo que no se entiende, voces. Se incorpora como puede Tootoo Baobab, hace lo propio Menor de edad, alertas intentan ver, entender lo que sucede o está por venir. De entre la polvareda que se ha vuelto el espacio aparece dubitativo gran naso de Malatesta. Al verlas, grita, agitando un brazo:

—¡¡VAMOS!! ¡¡VAMOS, MUÉVANSE, YA YA YA!!

Reacciona Tootoo Baobab, comprendiendo salvataje en curso. Es poco lo que puede, sin embargo, con la cuerpa como la tiene. Arranca como tortuga, con pasitos de bebé, de a poquito ingresa en la nube a ras de piso. Ve poco tose tropieza, descubre que recuerda la vía hacia la salida. Danzan frenéticas partículas de polvo producto de la detonación casera, se meten por nariz hacia arriba hasta hipotético asiento cerebral y en lo que logra exponer de globo ocular, que pica, molesta.

Sensación de excepción por dentro y por fuera. Menor de edad vuela. Le duele la postura de parada a Tootoo Baobab, pero se las arregla, se arrastra. Topa en vericueto inesperado con Aurelia Futura, media cara cubierta con pañuelo verde, de previsor incógnito. No logra su función el velamiento de rostro: la reconoce en seguida. Tras eso: enganche de manos, tira la rescatora hacia ella con fuerza hacia la salida. Pobre Tootoo Baobab, calamitoso su estado, avanza a los tumbos con agitación de barrilete en jovial jornada ventosa. En ese tren pasan junto a sirvientitas del Orden caídas en cumplimiento del deber, derribadas por tierra y semi cubiertas por revoque y desechos, atontadas o muertas. Lo que alguna vez fue recepción de comisaría, sala de espera, es ahora gran confusión de suciedades y rotura, destrozos en el lugar de explosión del artefacto de casera fabricación. Cree ver también caída Tootoo Baobab gente sin uniforme, es decir,

civiles, inocentes. Los tironeos de Aurelia Futura no le dan tiempo a pensar: ya están afuera, tropezando hacia la esquina intentando apurarse, doblan.

Asentado el polvo tras la batahola inicial resulta claro que la detonación libertaria se ha llevado, además de casi toda una pared, par de dedos de compañera operadora del artefacto con reloj. Pálida de muerte, llora chilla en cuclillas con mocos desconsolada agarrándose la muñeca con la mano sana, acunándose con la cuerpa. Aún en shock, lo perdido le entra por los ojos, a la espera de la sensación. Acostumbrado ya a situación de excepción, Tarek activa. Por suerte tienen todavía la moto de Rancagua. Pensaban usarla para la huida, ahora en cambio acomoda a la explotada detrás y antes de que pueda nada, Malatesta está ya sentado en la delantera dando vuelta la llave, arrancando yéndose. ¡Nos vemos en la Guardia del Ramos Mejía! Compite Tarek en su lengua con poderosa aceleración de la motito que se aleja en línea recta, agita brazos en el aire, observa algo que sin duda viene a cuento y colación, pero que no se entiende ni con deseo ni con vocación. Se observan breve momento entre sí las presentes, prólogo de varios pares de hombros que suben. El restito ácrata solidario rezagado en la vereda parte a pie hacia el hospital sin demora. Aurelia Futura, Tarek, Tootoo Baobab y Menor de edad quedan libradas a su suerte.

Lluvia molesta sin furia, constante, moja todo a su paso y en especial a las que tras larga caminata llegan agotadas a refugiarse en casa de Aurelia Futura. Boedo confundido, casi Pompeya, idiosincrasia de más allá la inundación. Escalera angosta empinada de mármol da lugar a departamento recontra divinor total me muero muerta incoherente con la idea que Tootoo Baobab se había hecho de dueña de casa a partir de sus comentarios oda al ocio, trabajar no es negocio. Se arrea hacia arriba con dificultad y dolor nuestra heroína aferrada con garra de cóndor de la baranda para descubrir interior acogedor, recogido ambiente de hogar cuidado. Cara de sorpresa Tootoo Baobab (la parte que todavía le responde), cuánto prejuicio, no se esperaba un adentro tan bien, tan como su propia casa. Parquet en el piso de los cuartos, lámparas design, resulta evidente que Aurelia Futura sabe vivir: bien. Demasiado espacio parece para alguien sola, apenas

unimembre. Ventanas a la calle la habitación más grande, en su fuero interno anidan pantallas a rolete, teclados, cables, todo quieto rigor mortis, más que apagado, como muerto. Rehuyendo chusma indelicadeza de preguntar qué es ese quilombo, las recién llegadas pasan al comedor sin detenerse, frente a pequeña cocina amueblada toda eficiencia y practicidad. Se alternan de a dos para la preparación de comestibles y ducha reparadora.

Con agua caliente discurriendo prometiendo suave placer en la bañadera, Tootoo Baobab contorsiona musculitos para ingresar moretones, inflaciones, cortes y lastimaduras en el espejo del botiquín, bombillas en torno como en un camarín. ¿Quién es esta mina? Cuánta ambigüedad esta lengua maldita, herramienta finita, a veces pobre, como se ve, no deja entender si se trata de pregunta retórica o refiere a la de pronto enigmática anfitriona. Mientras actúa sorpresa confusión, entripa Tootoo Baobab pastilla de diclofenac y un ibuprofeno 1 g para mejorar las perspectivas de las horas inmediatamente venideras.

Arrastra cuerpa rota decrépita casi en cuatro patas, la mete en la bañadera que se llena con agua caliente, nubecita cálida de vapor. Se obliga a no pensar en nada, y menos en su posible embarazo. En cambio, bajo el chorro cálido de la canilla pugna por diluir su conciencia. Se deja estar sin pensar, sin ser.

El nivel de limpiura prístina, el nivel de relajo con el que Tootoo Baobab sale de ese baño no se condice con la ropa suciedad horror tufo mal olor que la espera afuera. Las pastillas hicieron su efecto y se siente mucho mejor. Circula enrollada en toallón, interpretación perfecta de canelón de ricota (es el color que tiene su piel), y así continúa, a pesar del fresquete, durante largo rato, mientras el lavarropas atraviesa su programa mix de tejidos. No es la única: Tarek lo mismo, aunque a él la toalla le cubre del ombligo para abajo, regalando visionaje de pechito esplendor digno de más ojos. Cuelgan la ropa lavada en ténder plegable que encuentran en el patio trasero gloria del cielo (en realidad es terraza pues primer piso), mesa con sillas de jardín, parra, plantas en macetones. La admiración que le causa a Tootoo Baobab el tren de vida de Aurelia Futura, totalmente incongruente con la idea que de ella se había fraguado, bordea el

riesgo de ACV, le pesa en el labio de abajo, que no sube. Con tacto, como es ella toda, pero sin lograr cerrar la boca, sosteniéndose las tetas entoalladas con antebrazo, toma asiento en la mesa de la cocina, dice (más que pregunta):

—Pero cómo hacés.

Deja de cortar zanahoria en cuadraditos la interpelada, se hace la boluda. Aduce laburitos facturados en dólares "para afuera" que pin que pan: Tootoo Baobab no le cree nada. Menor de edad tampoco parece convencido. Embutido en jogging de Aurelia Futura hasta que su ropa se seque, exhibe contorno de niño mutante, desparejo, pegador de estirón. Les da la espalda la anfitriona, se agacha a agarrar cebolla de un cajón bajomesada, inaudible casi, como arrasada por una vanidad, un orgullo incomedido, confiesa:

—Soy la pata argentina de Ignoto Grupo de Ciberfeministas.

Se vuelve para ver el impacto de sus palabras, como si acabara de revelar la prueba de la existencia de Dior. Pero: ni Tootoo Baobab ni Menor de edad tienen la más pálida de qué significa lo que la dueña de casa acaba de confesarles en voz casi inaudible.

—Soy experta en marketing, trabajo con multinacionales —prueba Aurelia Futura pasado el momento de hybris, ganada ahora por la cordura, de nuevo cauta y en voz potente—. Pagan bien. Y soy sola.

Durante la comida, las argentinas se interesan por Tarek. Mediante gestos intentan llegar al fondo de quién es, qué hace tan lejos de su casa. Logran poco más que sonreírse, se aburren pronto de una pesquisa que, a falta de lengua común, no va a ningún lado. El foco de atención se posa con naturalidad, entonces, sobre Menor de edad. Picoteando cuadraditos de queso duro, el susodicho cuenta que no se acuerda de su madre, siempre viví con mi viejo, la Sole, sus dos hijos y mi hermanito "posta".

—La plata no alcanza para todas —traga— y bueno, por eso —traga otra vez—: A veces ayudo con algo, lo que puedo —traga de vuelta—. Es buena la Sole, nos trata bien, pasa que no hace nada —sorbo generoso, con sonido de retroexcavadora—, se la pasa en casa, cuidándonos a nosotros.

Estalla Tootoo Baobab, Última Ama de Casa, bola de nervios a flor de piel. Bomba atómica detona en comedor de Boedo confundido, casi

Pompeya, explosión incontenible de rabia, odio a la humanidad porque una mujer que se encarga del millón de tareas que implica mantener con vida a cinco pelotudos (incluidos los paridos y los que no) es muchísimo, es todo, es ser esclava por culpa del bienquerer. Espamento escandálico atemoriza a Tarek, que no entiende qué pasa ni a qué viene tamaño griterío. Aurelia Futura lo tranquiliza con un combo de sonrisa, guiño de ojo y manito en el bracete. Como quien no quiere la cosa. Uy, ¿cayó acá, te toqué? Sin querer, ni me di cuenta.

—Tiene razón, che.

Dueña de casa intenta cambio de tema para aquietar las aguas, cuela en ese tren un par de observaciones medio boludonas, búsqueda humorística desganada. Tootoo Baobab no se deja distraer. Antes quiere saber quién va a lavar los platos. Fuego en los ojos, gran congestión de jeta. Decodificando como puede lo que sucede, Tarek se incorpora, explica —danza de manos mediante— que él se ocupa de levantar la mesa y poner en orden la cocina. Sigue párrafo gutural oclusivo que puede significar: 1) trabajé de lavaplatos en Senegal, 2) la comida estuvo riquísima, 3) no puedo creer tanto quilombo por quattro piatti, 4) otro. Menor de edad abandona liza sin mayor trámite, bueno loca ok tipo todo bien pero cálmese, señora, perdiendo el interés antes de empezar a discutir. Se tira a descansar en el sillón del estudio silente.

El agua no habilita multiple tasking, Aurelia Futura espera a que Tarek termine con la vajilla para pasar a la ducha. Enorme cuerpa de faraón nubio no parece adecuado para operar en lo que de pronto se descubre cocinita de juguete: higiene deviene tarea de motricidad fina. Rescatora y rescatada se regalan café cortado con chorrito de leche segunda marca para entretener ínterin hasta la ducha de la primera. Repasan lo sucedido en escena tipo Watson encarando a Sherlock a la vez curioso y un algo fastidiado, el bardo que armaste no te lo puedo creer, paso a paso contame, paso a paso. Resta importancia a los hechos Aurelia Futura que son en un todo milagrosos.

Retomamos en feroz golpiza de Última Ama de Casa y arresto por parte de las sivientitas del Orden, a las que siguen hasta la comisaría, montadas en la moto de Rancagua. Encuentran ahí, a prudencial distancia, algo de desesperanza, que las inmoviliza hasta que Tarek

sucumbe a una como desesperación locomotora llena de gestos incomprensibles. Se deja arrastrar Aurelia Futura a babucha en la moto hasta San Cristóbal, donde bajan frente a puerta desastrada que Tarek golpea con energía hasta que caras de pocas amigas la abren. Y ahí, bueno: Tarek nada más podía con su lengua impedida, pobre, su parte en este asunto ya estaba cumplida. Aurelia Futura toma entonces las riendas, explica comprometida situación, enciende contra toda probabilidad ánimos deseosos de justicia, las ácratas dispuestas a ayudar organizan expedición libertaria, usan la moto y un par de Ecobicis BA expropiadas desde que el sistema dejó de funcionar hace algunas horas. Parten en pequeño cardumen hacia la guarida de las sirvientitas del Orden con un plan. El resto es historia.

La exposición ordenada de los hechos viste ropajes de normalidad. Así los incorpora Tootoo Baobab, al fin y al pavo, desde el Ataque devastador al centro emocional del sistema capitalista lo posible parece haber extendido su imperio. Abúlico paseo por calles hasta hace puñado de horas iguales a sí mismas, conocidas aburrimiento, entrega ahora de impromptu territorio indomeñable novedoso habitado por seres dispuestos a conexiones ídem, solidaridades sorprendentes, inesperadas. La de Aurelia Futura y Tarek, sin ir más lejos. La de todas ellas. Subida al tren de confesiones —pudor de Tootoo Baobab se siente en confianza— desembucha atraso y posible embarazo. No altera fisonomía de interlocutante la noticia, capaz —a lo que se ve— de incorporación noticiosa total, sin levantar ceja ni mover pelo. Al contrario, manito en antebracete (se ve que es gesto predilecto), Aurelia Futura cambia de tema para anunciarle en breve cónclave en el patiecito terracero, tarde caída de fondo: Quedate que hoy tenemos reunión, va a estar buenísima, no te la podés perder. La amable invitación un poco la shockea: no tenía planeado Tootoo Baobab irse a ninguna parte.

Tema platos revela a Tarek como individuo de gran meticulosidad. Su paso por la cocina deja bacha y alrededores secos limpios, utensilios oreándose organizados por tamaño. La prolijidad resultante de su gestión impacta la retina de dueña de casa y en alguna otra parte también porque, florida gesticulación mediante, le ofrece tacita de café y a ver si nos entendemos en esta lengua cachivache que vos tenés

porque yo, no lo vas a creer, pero justamente estoy buscando a alguien que me ayude con las tareas domésticas. Tal vez por ahí quién te dice estamos ante una win-win situation.

Con caída nocturna llega timbrecito furtivo a repetición acompañado de inspección ansiosa en torno, tipo gallina que sospecha posibilidad de degüello. Ofuscado por el barullo a intervalos, Menor de edad deja sillón refunfuñando y va en busca de Tootoo Baobab para que se ocupe: algo indescriptible maternal exuda Última Ama de Casa que lo induce. La encuentra afanada en recibir gente al cabo de la escalera. A pesar del desastre que tiene en la cara, bastante impresionante, hace su mejor para saludar e indicar la vía hacia el patio, junto a cuya puerta Tarek, de vuelta: reverencia y mano izquierda en movimiento que da a entender: pasá, acomodate donde quieras. Boyas humanas dispuestas por Aurelia Futura, de momento junto a portero eléctrico permitiendo el entre general, para demarcar trayecto de sentido único hacia el patio evitando pasar por el estudio, la curiosidad de la gente, sus laboriosos equipos de pronto muertos, yacentes inmóviles sumidos en la oscuridad de las cosas inútiles. Todo roto desmantelado, lo que alguna vez funcionó yace ahora desarticulado.

Paredes altas rodean cuerpitas en aquelarre relajado compás de espera, desparramadas sobre las baldosas al aire libre, sentadas paradas contorneadas a su vez por macetones en guardia pretoriana de prodigiosa enamorada del muro. Bucólico el entorno, crecen arbolitos, crecen plantas, hojas verdes que Tootoo Baobab es incapaz de nombrar o distinguir. Roza algunas con los dedos en un impulso trunco de conexión con Naturaleza, murmulla autopregunta retórica que queda colgada del viento otoñal, barrendero de hojas amarillas, mojadas por fina llovizna molesta que no termina nunca de irse. Contrasta la mala disposición de las potencias naturales con el designio de reunión a cielo abierto que persiguen las autoconvocadas.

No parece preocupada Aurelia Futura por la antipatiquez climática. Se adelanta para enfrentar grupete silente, anuncia su alegría de contar con la presencia de Laboria Cuboniks una vez más aquí, entre nosotras. Activado a resorte, publiquito se pone de pie aplaude “bravo” ulula, reverencia respetuosa sobrecogida de quien sabe lo que

es la admiración. Evidente que ubican a le anciane menude de pelo corto que avanza hacia el centro, cana lacia tapizándole el marote organizada a dos aguas gracias a raya al costado. Sus ojos sonrientes contrastan con la respiración contenida de las que auscultan el fenómeno de esa aparición como inesperada o difícil de creer, algo repantigado parece a punto de estallido fenomenal. Extiende Laboria ambos brazos hacia el cielo, directora de orquesta a punto de largar introito. Gesticulación poderosa acompaña el inicio de sus palabras.

No presta atención Tootoo Baobab al fascinante espectáculo que se desarrolla frente a ella. Recostado el hombro contra el marco de la puerta, vaga su pensamiento, hace pie en palabras aisladas, que toma fuera de contexto, más allá del control de la cohesión o coherencia. Puesto en disponibilidad por esa conciencia flotante, su cuerpa adquiere peso, densidad, se vuelve entidad dolorosamente presente una vez más. Siente los golpes recibidos, enorme el cansancio. Y un picor fatal entre las piernas, perniciosa humedad maloliente. Baranda agria a leche cortada. El temor de que alguien más la perciba en seguida deja su lugar a las ganas de restregarse, meterse mano, revolver a cinco dedos y dos codos. Contiene el impulso: sabe bien que el alivio pasajero del hurgueteo eléctrico será seguido por dolor, de carne viva, ardor y quemazón. Se siente una gran concha desgraciada.

Especie de zumbido la saca de su interior muy profundo, donde había ido a parar por culpa de la cuerpa y su decadencia. Se descubre abrazada a la oscura inmensidad de Tarek, en movimiento al compás de om compuesto por la vibración de las gargantas presentes. El olorcillo penetrante que emanan sus axilas la tranquiliza: enmascara el propio. Luego: Laboria arranca melodía ancestral en idioma extraño, que acompaña con ritmo de pandereta. La sostiene por un hilo mientras le da con una baqueta, la punta revestida en tela. Gran protagonismo tendrá este inocente adminículo algo más entrada la noche, cuando varias de las presentes lo hurten a su funcionalidad “natural” para penetrar oscuras cavidades, placeres chorreantes de abundancia por el ejercicio cultural de la tecnología, especialmente festejosas de la terminación con tela en la punta, a la que otorgaban rango de genialidad. Danza y gritos, emocionalidades liberadas de a dos o más, Laboria verbaliza el objetivo, crear conexión (aunque elle,

que siútica, diga “agenciamiento”) entre las autoconvocadas, derrumbar la barrera de la sospecha, la desconfianza, la distancia, “devenir animal”, “devenir cuerpa”. Una lástima tenerlo tan ruina y achaque, en el caso de Tootoo Baobab, es para ella un poco ver el desfile desde afuera, a pesar de que algo de vuelo remonta, sobre todo gracias a las capacidades dígitopulgares de Aurelia Futura, que tras regalarse puñado de momentos fantásticos con Tarek, se apiada de su apestación vulvovaginal y se acerca con frasquito de aceite de coco para lucirse con un batido punto nieve que es una maravilla. Es sabido: tiene propiedades antifúngicas.

AÑO 1: PITÓN NO CHITÓN

¡Harto me tiene la morsa! Corte basta loco ¡dejame ser! Literal: pegado como una garrapata lo tengo, no lo aguanto más. Me da odio. Como cuando insistía con lo de la escuela. ¿No te das cuenta de que a la escuela no vamos más? ¡No existe más la escuela, vaca! NO-EXISTE-MÁS. Date cuenta amiga, ahre.

Primero se mandaron un paro por el tema de que no les componían el salario y coso y después ya literalmente suspendieron las clases por tema de que se rompió todo, onda que todo dejó de funcionar: o sea, no hay instagram, no hay wassap, no hay play, no hay nada. Bah: casi nada. Luz y agua todavía por suerte sí, es lo único que el gobierno sigue controlando y manteniendo para que no explote todo, así dice la morsa, que si llegan a cortar eso salta todo por los aires, se termina la Argentina, besito chau señora, se acabó. Ese sería el problema, se podría decir. *Mi* problema es que quiero que vuelva mamá para sacarme a la garrapata de encima. Yo quiero tener tiempo libre, que me dejen en paz, no me gusta que me mandoneen, ¿por qué tengo que obedecer? Además ahora le dio por lo de que soy un huésped, que tengo que pagar por la habitación, por la comida, por mi ropa etc. bla, que por eso tengo que hacer lo que él dice. O sea, prácticamente se la pasa hablando de revolución pero espera que haga las cosas porque *él* me las ordena, como si fuera el emperador de la China. Corte que le debo respeto porque él me engendró, es mi padre qué sé yo no me interesa. ¿Ah, sí, me engendraste vos? ¿Y entonces mamá que hizo, se chupó el dedo? ¡Cualquiera amiga!

Antes no le entraba en el cerebro que a mí estudiar no me gusta y ahora no le cabe que hacer caso no me gusta. Y además, a ver: vivimos en un caos, se terminó el orden, lo que se podría decir: la organización. Todo el mundo obsesionado con cultivar verdurita orgánica está, cosas de primera supervivencia, no la pelotudez de cómo era la personalidad de San Martín. Desde que explotaron la

Internet, a nadie le importa si esto es un texto cohesionado o un conjunto de párrafos o no sé qué punto seguido aparte. Se necesitó eso.

Es que rompen todo, todo. El clima: lo rompieron. La capa de ozono: la rompieron. La Internet: la rompieron. La mayoría de los animales no existe más. Y pronto no vamos a existir tampoco nosotras, si vivimos el apocalipsis zombi: salir de casa, buscar de comer, encontré esto, cambié esto otro, volver rápido para que no te asalten y te quiten a las patadas lo que conseguiste, comer, hacer guardia, dormir. Y eso que nosotras vivimos en Boedo, más allá de la autopista: muchísimo peor. Así al menos dicen mis amigas.

Me acuerdo a veces de las milanesas que hacía mamá para no complicarse con el menú y me agarran ganas de llorar. En realidad las hacía el carnicero paraguayo del argenchino, mamá las freía. ¿Dónde habrá ido a parar ese carnicero? ¡Volvé, carnicero, te queremos! Con el quilombo que hay tuvimos que hacernos vegetarianos a la fuerza, no hubo otra, ¿quién tiene animales para sacrificar? Fortuna cuestan. Y además ya no hay plata para pagar. Ahora la posta son los contactos, tener propiedades o gente. Se paga en fuerza de trabajo, te mandan a laburar para otro durante cierta cantidad de días y ahí ya está: pagaste. Así al menos dicen mis amigas. A veces te dan de comer, otras medio te morís de hambre, eso depende, pero en general es bastante cagada todo el sistema. Ni la morsa, con sus conexiones y su rosca política es capaz de conseguir un pollito, una suprema, un pedacito de vaca real, como antes. Coso: literalmente nos rompieron la vida. Que venga otro meteorito y termine con esta agonía por favor ya. Ahre.

Ahora tengo amigas de mi cuadra nomás, a lo sumo del barrio. Como se cagó todo el tema de los celulares, literalmente perdí contacto con las que viven más lejos. Y también hay que ver si siguen viviendo en Boedo o por ahí se fueron del otro lado de la General Paz. Todo el mundo dice que el mes que viene cortan la electricidad para siempre chau porque nos hicieron creer que podíamos tener el servicio pero no, era mentira parece. O no entendí, en todo caso la morsa está haciendo acopio de velas, con lo cual: ¡todavía menos morfi que antes! ¡¡Justo cuando estoy por pegar el estirón!! Me quiero matar, ya veo que por su culpa me quedo petiso para toda la vida. Quichicientas

veces le dije que para luz podemos quemar los libros de mamá, que lo que tenemos que conseguir es piedra de hacer chispa, pero él nada, no me escucha, es una tarada. Por suerte no lo veo casi nunca, apenas lo cruzo. Todos los días me deja un par de frutiverduras en la mesa de la cocina, por eso sé que todavía vivimos juntas. Más que nada por eso. Y por cuando me despierta con sus gritos de jabalisa histérica, ¿hiciste lo que te encargué?, ¿fuiste adonde te mandé? ¡Morite de una vez y dejame vivir en paz chancho hacé el favor!

Pasando la Capital, o sea del otro lado, de afuera de la General Paz, así al menos dicen mis amigas, me contaron que hay un lugar re edén lleno de comida y alimentos, creo que hasta tienen gallinas que ponen huevos, no sé bien, pero parece que ahí se vive como antes. Yo me quisiera ir para allá, olvidarme de todos los problemas. Lo ideal sería convencer a la morsa para que nos fuéramos juntos porque yo solo no tengo idea cómo llegar, cómo ir, pero imposible, si está como loca con lo del inicio de la Era Poscapitalista y las posibilidades inauditas de emancipación bla pito caca pedo culo pis. ¡Se terminaron las clases!, repite como una psicótica tarada, ¡¿no te lo vengo diciendo yo desde hace un año que cerraron la escuela?! Primero no me cree y ahora anda tipo disco rayado. ¿De qué te alegrás, estúpida, no ves que nos matamos por sobrevivir, que no podemos hacer otra cosa que pasarnos la vida buscando comida? Me voy a quedar petiso retacón por su culpa y la de todas las que rompieron la sociedad de mierda que teníamos. Ni eso pudieron: mantener lo que ya estaba.

Tengo sí más libertad en el sentido de tipo quiero salir: salgo. Generalmente no hay nadie en casa, mamá un día se fue, no volvió más. Podría decirse que nos abandonó, de alguna manera. La mamut está convencida de que algo le pasó, piensa que quedó incomunicada en algún lado, que está varada y no puede volver. De otra manera no se lo explica. Todos los días hace averiguaciones al respecto, dice que tarde o temprano la vamos a encontrar, que a la gente no se la traga la tierra, no desaparece sin dejar rastros. Mientras tanto yo puedo salir, hacer lo que se me canta, eso no es problema. El tema es si me llega a encontrar salido: me mata. O si, por poner, me pregunta qué hice mientras él no estuvo y no le invento punto por punto cada cosa que supuestamente hice, sospecha y me mata. Varias veces me pegó. Una

vuelta zarpado mal cuando mamá todavía estaba con nosotros me revoleó un dadito de levadura congelado, me lo tiró tan fuerte y con tanta puntería que me abrió la frente. ¡Si me pegaron con la Gotita en la Guardia del Garrahan! Mamá muy preocupada qué sé yo, pero la voluntad de que hiciéramos abandono de hogar le duró una vuelta manzana. Al final volvimos y la morsa estaba como enojada. Su manera de pedir perdón es esa, justamente: que te lo hace pedir a vos. Re machirulo al final, cualquiera. Otra vez me agarró a sillazos en la espalda para que me apurara con la tarea. Yo estaba en tercer grado, si le llegaba a la rodilla era mucho. La morsa es mala, re mala es. Mamá hasta se lo contó a la nonna, le pidió que le pusiera coto o se pudría todo, hasta acá llegamos, tomá cartas en el asunto porque un día de estos me lo va a matar, así le decía, tipo amenaza. Pero nonna, imaginate. No se lo tomó en serio para nada, repetía como un muñeco a cuerda: "Lui gioca, ha l'amore pazzo per il figlio". Seguro, se se, cómo no. Incluso una vez mamá me contó que en el departamento de los murciélagos ella me tenía a upa, apenas terminada la teta de la mañana, yo de meses ni hablaba no molestaba nada, se acercó a decirle algo al estudito del fondo: la caballa le revoleó el teléfono de línea por la cabeza. De milagro lo esquivó mamá, se ve que tenía unos reflejos. Yo podía haber muerto, si me agarraba la cosa en vuelo no la contaba esta historia. Ahora —más ejemplos, ahre— me tortura con eso de "Decí que sí, que te vas a sentir bien". Harto patilludo me tiene, no lo soporto. No me deja vivir. Yo para mí que debe ser por eso que mamá se fue: no bancó más. Hizo bien. La cagada es que me dejó acá atorado, que no puedo escapar por ser el hijo y que no sé vivir solo y coso. Además de que hay como una guerra social afuera, ¿adónde voy a ir? No tengo idea de cómo llegar al otro lado de la General Paz. Así al menos dicen mis amigas: del lado de afuera se vive bien, como antes.

El mundo al final era re frágil, se hizo garompa en dos minutos. Literalmente, estaba yendo a la escuela, todo como siempre normal y al día siguiente no hubo más clases ni trabajo ni comida. La sociedad, todo lo que éramos y hacíamos, implosionó casi con alegría, se podría decir. Eso es lo que la mamut celebra, cínica como ella sola, este es el fin de una era, el rompimiento del sistema repite. Mucho bla contra las

desigualdades total él jamás se va a rebajar a ensuciarse las manos. Antes mamá se encargaba de lavar los platos, todo lindo. Pase mágico, me desayuno que ahora de pronto la sirvientita soy yo. “Pitón, limpiá esto, Pitón, recogé lo otro”. Me tiene lavando la ropa en el cuartito de arriba, se piensa que así ahorramos agua, qué tarada reventada no entiende que el agua viene toda junta por el mismo caño, es igual quién del edificio la use. Es voz populing que en cualquier momento la van a cortar. ¿Para eso ahorraste tanto, pelotuda? Primeramente odio lavar (cualquier cosa, a mí mismo incluido, ahre) y segundamente odio lavar con agua helada tipo iceberg. Terceramente odio lavar al lado del departamento de la vieja que ahora me entero de que tiene un hijo médico o paramédico o algo médico, no me queda claro, que no bien escucha que abro la canilla se pone a gritar barbaridades y a golpear la pared con el bastón. Que se muera de una vez. Eso pido: que le explote el cerebro y a otra cosa. Total, ya vivió cien mil años, ¿qué más quiere llegar a ver?

Solo la ropa interior lavo, tipo pantalones y remeras los mojo y los cuelgo en la soga a tomar un poco el aire y ya está: sirven de nuevo. No sé si eso lo sabe la vaca, por suerte tiene la mente tan tomada con cuestiones de alta complicación que no pregunta. Es horrible lavar a mano con agua fría y jabón (que además es dificilísimo conseguir). La morsa jamás va a saberlo porque no se hace cargo de nada real, se desentiende de las tareas de todos los días porque tiene “cosas más importantes que hacer”. O sea: nació con coronita y ni la revolución postsocial poscapitalista post post se la quitó. Cambia todo, menos eso. Es un chancho y lo odio. Lo ODIO. Y un poco quiero ser como él: tener esclavas que me hagan vivir como un rey porque sí, sin explicación. Bah, la explicación, sí, es que te puede dar con una silla o revolearte un dadito congelado de levadura y romperte la frente. O sea: para vivir bien hay que tener fuerza, corte: eso queda re claro. Si sos forzudo y no tenés problema de andar matoneando por el mundo tipo rugbier, ahí ya está: ganaste. Te dedicás a mandonear y disfrutar del trabajo de las otras. Por eso es horrible lo que pasó, se fue mamá y ahora yo involucioné, atascado en el lugar de servicio quedé, qué desgracia.

No sé qué vamos a hacer cuando nos corten el agua y la electricidad.

Son los dos servicios que quedan, todo lo demás ya fue. El gas lo interrumpieron al toque de que se suspendieran las clases. Hace meses que la basura no se la llevan más, se acumula por todos lados en pilas inmundas. Ni el frío puede con las moscas. Las ratas las vemos a la luz del día, desde hace tiempo ya, salen como si nada de las alcantarillas, van por los cables de la luz, suben y bajan de los árboles. Deberíamos cazarlas. Se lo dije a Tomás, mi amigo del colegio que vive acá nomás, pero no hay caso, él no quiere, dice que le da asco. Yo tengo una gomera posta. Con un par de piedras bien elegidas haríamos una masacre genial. Después podríamos llevárselas a alguien que se animara a sacarles todo lo asqueroso y tendríamos carne para comer. O podríamos cambiarlas por pan, ¡¡ricooooooo!! Lo mismo con las palomas. Si Tomás se animara, pasa que es un pibe medio quedado y a mí la verdad me da asco recoger el bicho matado. Yo lo mato pero no lo quiero recoger. Necesito que alguien me colabore en ese sentido, se podría decir.

Algunas vecinas usan la basura para hacer compost que cambian por comida o artículos de limpieza o lo ponen en sus propias huertas terraceras. En todos lados hay huertitas ahora, incluso en balcones mínimos, más adorno inútil que otra cosa. Nosotras también tenemos una comunitaria, del edificio. En una noche la armamos, papá no sé cómo consiguió un camión de los que antes se usaban para transportar los desperdicios de las carnicerías, un olor a muerto tenía que te volteaba. Llegó tarde re noche cerrada, hasta el tope de tierra fresca. Yo ayudé a llenar las cinco bolsas que habíamos conseguido, tipo de obra en construcción, usadas pero igual resistentes, esas negras de plástico muy grueso. Con las manos metíamos la tierra húmeda en las bolsas para que papá, el del departamento 2 y la chica del 6 las subieran al tercero en oscuridad total. La vaca no dejó prender la luz del pasillo, “cuanta menos gente se entere, mejor”. Papá quería que embolsáramos hasta el último granito, no se veía nada, sin la tierra el camión olía horrible. Casi me largo a llorar, Ipiranga me puteaba pero contenido bajito, sin gritar (raro), “Salí, inútil, salí de acá”, “La cabeza no te da a vos”, sus grandes éxitos, pero al final como estaba muy apurado terminó haciendo las últimas bolsas él y yo me fui a la terraza a apapillar la tierra y ver lo lindo que quedaba todo. Como medio

metro de tierra pusimos esa noche. Para que no hubiera derrumbe, en torno del recorrido semicircular de la puerta, que abría y cerraba como siempre, le hicieron una barrera de contención con madera. El problema es, después nos dimos cuenta, que los listones se pudren por la humedad y porque no son de buena calidad. Cada dos por tres hay que repararla, reemplazarla. Lo otro que nadie tuvo en cuenta fue que no bien empezaron a crecernos las verduritas nos empezaron a afanar. Qué chota la gente. Nosotras vigilamos bastante, pusimos una sillita ahí arriba y nos turnamos, yo hasta presté mi bate de béisbol. Pero se ve que nos tienen re espiadas porque nunca aparecen cuando estamos de guardia.

La huerta básicamente hay que limpiarla todos los días, fijarse que los palitos estén derechos, etc., etc. Conseguir semillas buenas fue un re tema porque nadie tenía y un par de veces nos dieron de esas que parecen bien pero en realidad por dentro están secas, como muertas. No crecen, no sale nada de ellas. La morsa estaba como loca desesperada, repetía que conseguir la tierra le había costado un pulmón de la cara y todo para nada, volvía de las reuniones de consorcio —que en realidad eran reuniones de la huerta— refunfuñando que eran todas unas gilas inútiles ni semillas eran capaces de conseguir. Bastante estuvimos así. Pero un día Tabatinga, la vieja de PB 1 que le agarró un USB del cerebro y quedó dormida blancanieves, se despertó, sola de la nada se despertó, y resultó que ella tenía algunas semillas guardadas y sabía cuándo meterlas en la tierra, si regar o no regar etc. Y bueno, nada: a partir de ahí arrancamos, las lechuguitas nos empezaron a crecer, también tomates, zanahorias, berenjenas. Tenemos de todo en nuestra huerta, en poquito, eso sí. Como Tabatinga es casi paralítica (ahre, camina y eso peeeero reee despacio), yo hago las cosas real en la huerta. Tabatinga me dice y yo hago. Y todo va creciendo. Si llueve, mejor.

Igual, con huerta o sin huerta, nos alimentamos cada vez más horrible. Lo que alcanzamos a cosechar sirve más para cambiar por otras cosas que para comer. A esta altura ya se income, sinceramente. Nosotros la piloteamos con el microondas, que entrega unos bofes a base de verdura intragables, pero bueh: más o menos vamos tirando. La vaca consigue bastante fruta, pero a mí la fruta en exceso me hace

agarrar mal de panza, o sea, me cago la vida. Pedorrera también me da. Sin agua y sin electricidad no sé cómo vamos a hacer. La morsa dice que tenemos que canalizar nuestro ser de hombres naturales. No sé cómo: a mí mayormente lo que él prepara no me gusta. Pero porque me cae mal, patada al hígado de una. Mala como es, la mamuta me obliga a tragar hasta el último pelo de porquería que me pone en el plato. Y eso que le digo "Para mí poco", peor: me lo llena con una montaña de ajjj lo pienso y me hace mal. Qué maravilla antes, cuando comíamos milanesas, arroz con jamón y queso, pizza, empanadas, pasta rellena o sin rellenar, lentejas, si tan solo lo hubiera entendido a tiempo: bello rotondo llegaba a la revolución, obeso mórbido. A veces bajo a almorzar con Tabatinga, si estoy solo y coso, me convida cosas que hace ella, ¡bastaaaante ricas! Claro: ellas tienen un hornito eléctrico que es otra cosa la comida que podés hacer, mucho mejor. Si la papocchia se entera me mata, por eso si me cruzo a Tabatinga cuando estoy con él hacemos como que no nos conocemos, hola chau pero nada más.

Tabatinga es desconfiosa por naturaleza pero mejor, caso contrario me tendría que pasar la vida explicándole todo. A papá le pone cara de asco, es la única que se atreve. No creo que él lo note, no decodifica, como no la conoce: por eso. No se da cuenta de que le está poniendo cara de pedo con olor a podrido. Yo sí me doy cuenta, lo mismo con las de PB 2, que trafican de lo lindo y todas hacemos como que no vemos nada, como que no entendemos qué pasa. Un ejemplo: las bolsas llenas de hojas muertas. Bolsas y bolsas llenas de hojas amarillas. Soy yo el que las recoge, por eso lo sé. Me pagan con unos pancitos que son la gloria. Me falta averiguar para qué usan las hojas, así podría independizarme, vendérselas a otras, cobrar más, es muy miseria lo que me da el matrimonio. Con Flora, la hija, a veces hablamos, a pesar de que tiene como atragantados unos aires de princesa estroboscópica, la veo siempre con cara de hacer fuerza, como que no debe ir bien al baño. Tal vez es lo que come, monomanía del pan tiene (yo también, deliro con colarme en el depto y robarles todos los pancitos de un saque). Flora jamás sube a la huerta, no colabora en nada colectivo, las verduras no le gustan. Con Tabatinga la bardeamos in absentia (como dice la papocchia) porque no ayuda.

Un poco nos reímos de ella y el resto, de nuestra creatividad para la ofensa, que es infinita. Y eso.

La morsa mamut es muy conspiranoia, no todo el mundo es así. Tomás, un ejemplo, amigo mío de cuando íbamos al cole —otra vida parece— que vive acá nomás en la cuadra de lo que era el Le Blé (cuando abría) sigue con su vida re pancho. No trabaja, no nada, todo el día papando moscas se pasa, fumando hierbita a escondidas. Re viciado mal. A veces viene a invitarme un par de pitadas porque solo se aburre y yo re voy porque fumados lo pasamos bomba. A la morsa no le digo nada porque si se entera me mata. Ni siquiera tienen huerta en su casa, creo. Yo no la vi. Sus viejas están en cualquiera. Las veo muy papando moscas, como viviendo en un mundo que ya no existe más. Game over, amiga, date cuenta.

El otro día, ayer, hoy, coso, me crucé con Flora y me propuso de escaparnos juntas. Como yo quiero irme del otro lado de la General Paz con los pollos y las vacas en general por eso, nada. Nunca sube a la huerta porque las madres la tienen barriendo lavando yendo a buscar pancitos entre gallos y medianoche a Van.Jar, me dice que hay como un mercado negrísimo en torno del tema harina. ¡Se los dan en cambio de las hojas que recojo yo! ¿Será? ¿Será así? Me parece raro. Pero: a mucha necesidad, grande la matufia, se lo escucho siempre a papocchia. ¿Qué harán con las hojitas, para qué les servirán? Tengo curiosidad corte una de estas noches me mando la gran Sherlock Holmes. Además, Flora me pidió que la llame Floro, me dijo que ese es su nombre de varón. Se autollama “neno” a sí misma, o sea: a sí mismo. “Yo soy un neno”, me dijo. Bueno, neno, a mí me da igual, sé lo que se te cante el ogt, ¿a mí qué me importa? Tres pepinos me importa lo que vos seas, mirá, ¿no ves el quilombo que es esto? Lo que sí me interesa, en cambio, son los pancitos y su vínculo inexplicable con las hojas que recojo a cambio de un pago miserable, seguro que me están re explotando, eso es lo que quiero averiguar posta. Según Floro, es como una alquimia. En el sentido: con las hojas hacen algo para transformar una cosa en otra cosa. KEEEEEEEE???? Quedamos que vamos a ir a Van.Jar a averiguar este misterio, me parece demasiado fundamental.

Otro incomprensible: mamá. Dónde está, qué hace, por qué no

vuelve. Sí, ok, hay un desconche generalizado en la sociedad, yo te entiendo todo, pero al final literalmente la vieja hizo abandono de hogar. Sin explicación, nada. O sea, se mandó a mudar y me dejó acá tirado con la paquiderma estresada ahre, malísimo. Pésimo. A veces pienso que puede haberle pasado algo, mirá si necesita ayuda o está mal, perdida, y me aparecen lágrimas en los ojos, como ahora, que… pero mayormente la odio, por no haberme llevado con ella, ¡bruja! ¡Mala!

La mamut me echa la culpa a mí, es una tarada marca cañón. De los dos, el imbancable insoportable infumable nefasto inaguantable es él. Todo el tiempo tiene un problema por algo. TODO le molesta, todo absolutamente. No se puede hacer ruido, me reta si estoy mucho en el balcón mirando pasar la vida (o las ratas), me reta si subo a hablar con Tabatinga a la huerta, me reta si salgo, si me quedo, me reta por todo al final. Me pregunta con quién hablo, qué dije, qué me preguntaron, me revisa mis cosas, re controlador el chabón, me hace barrer, limpiar, lavar.

Mamá casi no ocupaba espacio, eso era bárbaro. Estaba, no estaba, vos apenas te dabas cuenta. No como la paquiderma, siempre histérica, gritando, pegando, mandoneando. Además, a mamá no le molestaba si escuchabas música o si salías o volvías, te dejaba ser en paz. Libre. Pasé de eso a la esclavitud, es una mierda. De la misma altura éramos, yo un pelito más alto, sin zapatos le sacaba el jopo, por más que ella inflara pecho, se enderezara, lo mismo: yo era más alto. Y más fuerte. Pasa que justo estoy pegando el estirón. A la tardecita, no bien veía que empezaba con la lamentada cotidiana, qué desgracia, no se me ocurre qué corno cocinar, la desafiaba a un match de lucha en su cama, de dos plazas. Ella no quería, era re vaga, pero yo la obligaba porque la subyugaba en nada, ¿tres, cuatro segundos? Mamá chillaba y pataleaba como una gallina para zafar de mi llave mortífera inmovilizante pero jamás lo lograba. Era una cosita sin fuerza, nada podía contra mi poder. Sin mi permiso no salía. Una vez se mandó una como hélice con las piernas y logró ponerme a mí abajo, ¡harta me tenés!, ¡patilluda!, pero a los dos minutos estaba de vuelta aplastada contra la almohada ¡JA JA! Tomá, ¿viste qué te pasó? No se quería rendir nunca. Me amenazaba con dejarme sin comer, con irle con la

queja a la vaca, pero como en seguida tras eso le agarraba un ataque de risa que gritaba me hago pis, me hago pis, la amenaza era poco seria. Muy al final, cuando no daba más, se rendía, aceptaba que yo era más fuerte. Me tenía que dar tres besos, uno en cada cachete y el último debajo del mentón, en la parte que está bajo la mandíbula, el vucchiularo. La dejaba ir porque había reconocido su derrota, pero también porque dominarla era cansador y yo tenía otras cosas que hacer.

Cuando estaba mamá, cualquier excusa era buena para terminar tomando heladito de una bocha en Kainos. Apenas salido de la escuela le mandaba mensaje con alguna buena noticia, o a veces le decía tengo una buena y una mala, o dos buenas y tres malas, el general era que siempre había más malas, pero por las buenas me invitaba a tomar conito de un gusto. Siempre eh, no fallaba. Además, arreglábamos cómo comunicarle las malas a la elefanta, o qué parte decirle y cuál callar. Lo mínimo indispensable, siempre, porque todo le da pie a alharaca infinita, es muy exagerado, escandaloso. No copiaba un día: tragedia; escribía una palabra sin hache: tragedia; me ponían un apercibimiento por alguna pelotudez como andar en bicicleta adentro del colegio: tragedia. Ese es el tema: la mamut le pone a todo mucho exageramiento, no tiene una escala de problematicidad racional, lógica, todo es igual de tremendo. Es nefasta. A mamá la perseguía por liberal, vos siempre laissez faire, le recriminaba, si no da cátedra no respira feliz. No deja vivir en paz.

Si el puto mundo no se iba al tacho, con mamá teníamos el proyecto de comprarme una BMX. Pasó que primero había que vender la bici que tengo ahora y eso se fue alargando y un día hicieron explotar la Internet y nos cagaron el plan. La vida nos cagaron. Ahora ya nada tiene sentido, no se entiende qué hay que querer. “La obligación de la esclava es sobrevivir, la de la revolucionaria, emancipar, a sí misma y a otras”, repite la paquidérmica robotizada cada vez que hablamos de esto del caos que hay en todos lados. Da clasesitas sobre lo que hay que pensar que decir que hacer pero después llora porque la revolución le interrumpió el suministro de aceite de coco. De acá en más: pelito hirsuto vas a tener sorry, loca, jodete. Eso te pasa por prenderte en todas, tarada. Bien que a mamá no le lavaba un plato ni

por equivocación. Digo bien, se *los* lavaba a ella, porque mantener la casa siempre fue tarea de mamá, hasta que nos dejó. Ahora la heredé yo, sin comerla ni quererla. No tengo problema en cooperar, lo que no entiendo es por qué solo yo estoy cargado con la limpieza, por qué hay seres que viven una vida libre, más allá de toda la porquería. La revolución es para eso, según Floro, para igualar y meter en la misma mierda a todo el mundo. Me queda cómodo creerle, ahí tenés a la vaca: en la primera línea de combate y mientras en casa, bien gracias. Cuando me veía muy sacado, mamá siempre me decía que ellas habían nacido en otro mundo, que por eso a veces les costaba la sintonía de época. Re justificaba a la morsa, que aterrizó sin escalas proveniente de la Edad Media. Mentalidad tirano feudal tiene. Si no gana, la empata, no importa cómo: pega, insulta, amenaza. Usa la fuerza que le da su cuerpa para someter. El Señor Oscuro es.

A Floro en su casa le pasa igual, con la diferencia de que su vieja al ser mansita no choca tanto con el padre. Le dice a todo que sí y san Seacabó. Él lo mismo. La otra vez lo cruzo en la entrada disfrazado de mujer, sus viejas nos venían a citar a reunión de emergencia para discutir el futuro “de las más chicas”. Casi entro en coma del ataque de risa, calambres en el estómago me dieron, él con cara de putrefacción interior pero nada, ni pío, se ve que en su casa no están al corriente de que es un neno.

Otra cosa: ando gran preocupación con el tema desaparición de árboles. Me viene a la mente uno bellísimo, triunfo de la naturaleza, esquina Quintino y Estados Unidos. Tipo sauce llorón, ramas que caían hacia el piso cargadas de pequeñas lengüitas verdes. Amorío hermoso con una planta parásita que era lo más lindo del mundo, florecían las dos al mismo tiempo y se llenaba de florcitas rosas que era una maravilla. Bueno: no more. Tierra removida quedó. Me da miedo que algo tan macizo tan inmenso pueda desaparecer de un día para el otro sin hacer ruido ni dejar rastros. Mamá se desvaneció en el aire, los árboles desaparecen en el aire, ¿qué onda? Floro dice que también nosotros deberíamos evaporarnos, un día no estar más y chau, así aprenden.

AÑO 2: IPIRANGA TRIFULCA

Capítulo primero
En que se cuenta quién es él y de dónde

Malhumor en seguida disculpado como chiste, broma pesada que se repite hasta la náusea. Ipiranga Trifulca es hombre de acción y mal carácter, reina intolerante como tormenta tifón en el hogar que sostiene junto a Tootoo Baobab y su pichón, Pitón. A bestialidad revoleada gratuitamente no hay quien le gane, maestro del in crescendo y la falta de freno. Mucha dificultancia causa la adolescencia de Pitón, cada vez más morrudón, más conmigo no te metás, quién sos, qué decís, quién te conoce. Intermedia Tootoo para proteger a su amor (ambos), pero tiene un límite: no soy referí ni me eduqué árbitro, gorra o policía. Cortenlá, háganme el favor.

Empeora el frío todo, amanecen resfriados que pasan a saludar, ver cómo andan esas cuerpitas decadentes que en seguida van a ocupar. Cae Ipiranga Trifulca además con un dolor muscular en la espalda, aguda lumbalgia, y es como si el mundo se desfaciera, nada puede seguir su curso cuando él está mal, me duele al hacer así, ¿qué será? Ruega Tootoo que se automedique, se toma incluso la molestia de ir a comprarle tableta de diclofenac: tareas femeninas, performing art. La revolución es realidad que se acerca al galope, pero no vivirá Tootoo jamás hogar en el que minucia cotidiana la resuelva cuerpito con pitito.

De a dos se llevan bien, el triángulo es lo que sale esforzado, en parte porque las dos adultas jamás coinciden en opinión, ella banana, él café, ella pasa de uva, él paté. Aporta el que adolece escenario para la diferencia dialoguista constante, Tootoo paciencia pero argumenta, Ipiranga Trifulca ipso facto me cansé, expectora vozarrón y amenaza al fruto de su vientre. ¿O querés que te corte el cuello con un cuchillo?

¡Agarro un palo y te doy! ¡Inmediatamente, pelotudo, o ahí voy! Ejemplos. En tiempos de tranquilidad se lamenta porque no entienden su humor: era en chiste. El Ejército Rojo es para Ipiranga Trifulca sine qua non, absoluta necesidad ineludible para cualquier nueva organización. Regla que aplica tanto a la cuerpa social, como a su mínimo elemento constructivo: la célula familiar. Es un diálogo entre sordas que se profesan antipatía. Según él, contar con una fuerza coercitiva temible para amedrentar a los poderes de hecho (el capital, las mafias) es fundamental. Tootoo ríe: porque pensás como un onvre, patriarcal hasta la médula, que es lo que sos. ¿Y si a las feministas no les interesa tomar el Estado? ¿Y si quieren hacerlo estallar para vivir de otras maneras, en comunidades pequeñas, en armonía con el medio? Planteos hipotéticos surgidos de la letra escrita, por el momento no parece estar madura la cosa para la revolución. Fastidia a Tootoo lo que considera un enfoque inadecuado, perimido fuera de época para entender presente convulsionado (eso sí, todavía conectado), pero en última instancia esa expertise estatal militarista es la que acercará —cuando Tootoo ya no está— a Ipiranga Trifulca a grupúsculos feministas pro acción directa, es decir, deseosos de tomar por las armas el poder, apenas performado el ataque devastador al centro emocional del sistema capitalista. Una facción entre otras muchas en la mesa del festín habilitado por lo que se sospecha como muerte del capital.

Entre combate y combate, Tootoo e Ipiranga Trifulca saben amarse. En movimiento, sus diferencias dejan espacio generoso para encastre y encuentro. Suspiran gruñen gritan o sea: el placer. Piensan nada de esta alternancia esquizoide entre momentos de odio tensión y mansedumbre caricia, para ellas ese aleteo ambivalente es natural. Los momentos de calma no abundan, además porque la cuerpa de Tootoo es enamorada del reino fúngico, hongo que ve pasar lo cría con cariño, hasta que no lo ve reproducido no está feliz, y el de Ipiranga Trifulca pasa de lumbago a contractura cervical a tironcito acá que me hace doler. En esto también se alternan. Son dos cuerpas que sufren y mayormente no coinciden hasta que sí. No están solas: en el depto 7, tercer piso frente a la terraza, sobrevive viejita que bajaba las escaleras lentitud mortal para ir hasta el argenchino a comprarse verduritas

para la sopa, un chocolatín, el más barato (presupuesto de jubilada), hasta que un día no se la vio más. Apareció entonces su hijo médico o paramédico o algo médico para hacerse cargo de ella, en un sistema similar al de Tabatinga y sobrina, armoniosa cohabitación colaborativa en planta baja, a metros de Floro y su familia, cuya abuela es siempre excusa principalísima en la esgrima de las reuniones de consorcio para no hacerse cargo de ningún tema común: o están por amputarle una pierna o se le gangrena el codo o le van a colocar un marcapasos o un stent o cadera rota o herida en recuperación, pobre señora es de locas la potencia de impedimento generalizado que exhibe. Cuerpas caídas todas, en derrumbe sempiterno.

Hasta que estuvo Tootoo, Ipiranga Trifulca se liberó de cualquier necesidad de confraternancia colocataria. Jamás se lo vio en las reuniones y si se cruzaba con alguna vecina en los espacios comunes hacía efusivos esfuerzos de captatio benevolentiae, falsedad hueca muy efectiva con la que alimentaba su imagen general positiva sin mover un dedo por el conjunto. Voló como pajarito que comió la actitud prescindente, de un plumazo, tras la égida de Tootoo. Ya no lo quisieron tanto las vecinas, por opinador y contrera, por amador de quedarse con la última palabra. Pero además maltoleraba la disidencia. Quería todo como lo quería él. Y ya mismo.

Armar la huerta fue el primer episodio de choque multisectorial, se orquestó un todas contra todas que Ipiranga Trifulca superó con decisión, prepotencia y contactos. Pulseada ganada en los pasillos porque había varias que no se resignaban a perder la terraza, ¿dónde voy a colgar las sábanas? Y también otras que consideraban apresurada la decisión, hay que ver qué pasa y llamados a mantener la calma en una veta zen muy il futuro non si sa. De esa Ipiranga Trifulca salió robustecido. Se demostró capaz de imposición, pero además ese camión lleno de tierra salido de la nada funcionó como conjuro mágico: guarda con ese: tiene poderes. A partir de ahí, ya no fue tan asamblearia la cosa, Ipiranga Trifulca presentaba plan de acción y las demás, alguna objeción o comentario, pero el grueso de la iniciativa se mantenía. El edificio se convirtió en una republiqueta autónoma con un sistema de autogobierno que incluía caudillo y Consejo (con voz, sin voto ni veto). Con esa estructura se dispusieron a enfrentar el

nuevo momento histórico, que era en realidad una anarquía intermedia con GATO replegado, fuertemente armado, tras las vallas o murallas de La Ciudadela, a la espera de una forma final que nadie sabía cuál sería.

Lo mismo sucedió en otros edificios de Boedo. Empoderados los consorcios devinieron unidad afectiva mínima, la molécula de gestión vital más adecuada. Recibieron nombres específicos, gentilicios. Aparecieron así las Tinciaporta, las Maddamma, las Zichineo, las Coscia: cada integrante de consorcio circuló con un nombre social, más colorido y recordable que su apellido, pero sobre todo compartido con las colocatarias del edificio que habitaba. Nuevos vínculos constituyeron nuevas grupas de pertenencia, igual de ortopédicas e inelectivas que las anteriores, lo que desarticuló las diferencias entre dueñas y locatarias, en una igualación muy total y muy resistida por las primeras.

Los consorcios son como los intestinos: todos sus movimientos terminan en cagada. Con Tootoo extraviada, Ipiranga Trifulca intenta que sus vecinas se involucren en la búsqueda y posible auxilio mecánico de la desaparecida. Lógico y natural le parece plantearlo en la primera autoconvocación a reunión tras la interrupción definitiva del servicio eléctrico. Es el apocalipsis y el caos.

Se reúnen mañana destemplada gris en el garaje de Tabatinga, planta baja a la calle, que acompaña con silencio. Desde que la electricidad is no more una especie de paz circunda todo lo hecho, todo lo dicho. Casi nunca pasan autos ya, aunque a veces algunos sí, a velocidad poca, como navegando con dificultad.

La atmósfera tensa por las problemáticas del sobrevivir, el silencio, la oscuridad, la humedad: vista desde afuera, la reunión tiene aires de magia, de ritual, pero se discuten mundanidades: sin electricidad, no hay bomba, no hay agua en los pisos superiores, en definitiva, ¿cómo vamos a cagar, lavar, limpiar?, ¿qué se hace? Consenso general dicta que la ducha es lujo démodé. En horizontal el agua sigue circulando, PB 1 y PB 2 disponen todavía de las posibilidades higiénicas previas al ataque devastador. Tomado de inspiración subitánea, padre de Floro propone cobro en comestibles por el uso de las instalaciones, ansia de lucro muy mal recibido por Ipiranga Trifulca, para quien la propuesta

es un escándalo. Se llama en principio a silencio, de breve duración, luego se lanza a encendida diatriba en contra del Hombre Viejo, pobre lacayo del capitalismo patriarcal. Sus palabras impactan hacen mella dejan huella en caras que se arrugan como pasas de uva, bocas se tuercen en gesto de contrición desagradada. Nadie quiere ser pescada sorprendida del lado oscuro de la fuerza. Gracias a esta alocución, subgrupete departamental de planta baja decide cobrar el servicio de ducha, trono y lavarropas *exclusivamente* a las no colocatarias, lo cual a Ipiranga Trifulca le parece genial, justo y muy bien. Se garantiza acceso gratuito para coconsorcistas, en horarios específicos periféricos estrafalarios: los centrales se cobran, es mejor para todas: mantienen sana la economía común de las Mármol 9. Ímpetu de cagada muy imperioso en hora pico (tras el almuerzo, por lo general) se remedia con uso de baño propio, higiénico desagote gracias a balde llenado en la canilla de baldear la vereda (qué antigüedad), sita a la entrada del edificio.

De discutir trasiego para descargar inodoros, se pasa al tema urgente del morfi. Cómo conseguirlo, cómo conservarlo comestible a salvo de las garras de hongos y otras desagradables alimañas carroñeras. Hemos aquí docena de personas (aprox.), afectadas por realidad nueva para la cual no tienen herramientas, ni reales ni simbólicas. Si alguna vez los hubo, son conocimientos que se perdieron en la noche de los tiempos. Sin heladera, sin argenchinos, la reproducción de la vida bordea lo imposible. Dedican algunos minutos a entregarse a la mala sangre de manera grupal, lo que deriva en sesión de terapia provechosa para los ánimos pero no para encontrar solución al problema que las aqueja.

Más allá del trapicheo entre vecinas en las calles, nadie tiene llegada directa a la fuente del alimento, si es que algo así sigue existiendo, por fuera de lo que produce la huertita. Se menta varias veces la panadería Van.Jar, en donde al parecer, por lo que se puede entender, siguen a full con la compra de hojas amarillas, que pagan con caseritos, pero la desesperación del barrio es tal que está depreciando el valor del kilo de hojas, que cotiza en baja por culpa de feroz sobreoferta. El mundo quiere pan, dedicar un par de horas a la recolección de hojas secas es una inversión rentable desde todo rumbo de vista.

—Hasta que se acaben las hojas —compone cara de obviedad Pitón,

sin dejar de ir y venir ni curiosear el interior de la casa de Tabatinga.

Toca y deja, mueve apenas, corre, estira y recoge cogote como curiosa codorniz. El adorno atroz (sobre todo si es de cerámica coloreada) lo convoca, es algo que jamás ha visto en su casa.

—Sobre todo desde que los árboles desaparecen —sale al cruce Floro, sentado hundido muy aburrido entre su padre y su madre.

—¿Pero para qué las usan las hojas, para qué las quieren? —desconcertada Tabatinga, a pesar de su mucha edad y esperable sapiencia.

Nadie responde. Prefieren mejor encargarse inventario de todo lo comestible que tengan o del que puedan echar mano y sobreviva chambré. Acuerdan deglutir juntas, en alguno de los departamentos de planta baja, para facilitar la cocinada y posterior lavada, en un único horario de almuerzo, fijado rajatabla 13:30 h. Quien no llega, se fue a Sevilla. El resto del día queda librado ad libitum y picoteo de cada una, a sus personales potencias y capacidades de rebusque. La tarea de cocinar se pacta rotativa según cronograma equitativo, lo mismo que la higiene posterior de vajilla. Se comprometen, a partir de ese momento, a dedicar lo más sustancioso de sus días a la consecución de comida o comestibles de cualquier tipo para la pequeña comunidad que integran. Solucionado ese ítem primero principal, pueden tener intereses, tiempos, hobbies, necesidades, o lo que sea, personales.

Tres temas más. Las Mármol 9 conferencian arrebujadas en sus abriguitos de invierno, resisten: todo vuela cuando se desata sudestada. El médico o paramédico o algo médico sincera, alguna lagrimita corre, que ya no se abasta para cuidar a pobre madre anciana. Algo cohibido y autoconsciente de que pide, y mucho, solicita ayuda a sus queridas vecinas para salir de esta socorrida situación en la que se encuentra. Tema con atractivo balanceo aéreo, concita capacidad opinadora de las autoconvocadas durante largos minutos, en el transcurso de los cuales queda claro el asco que le provoca a Tabatinga (si no comparten generación le pega en el palo) enredarse en los problemas de Tituba, como si estar postrada fuera coquetez electiva y no fatalidad.

—No está postrada, ojo —se apura a aclarar el médico o paramédico o algo médico—. Pasa que no puede bajar las escaleras y yo solo… ya

no soy el que era —ríe un poco, sin ganas—. Por eso.

Conversaciones superpuestas acerca de posibles soluciones paliativas para la inmovilidad de Tituba aun, Ipiranga Trifulca plantea tema mascotas y se pudre todo. Chau entendimiento, chau paciencia, chau argumentación. Quedan todavía, aunque parezca mentira, dos perras asiladas en el edificio, que pasan sus días en los deptos junto a sus familias de crianza, odiadas y adoradas en proporciones iguales según a quien se pregunte. Porque ladran a deshora, porque son bocas que alimentar, porque cagan y pishan donde no deben y obligan a limpiar, porque no sirven ni para cuidar la huerta: muy mascotecidas las perras de las Mármol 9 son puro adorno. Remueve sentimentalidad arraigada muy profundo la impugnación de Ipiranga Trifulca, que al ver la estridencia que genera mera posibilidad de cambio del statu quo calla su idea de considerar a las perritas insumo cárnico de hipotéticas empanaditas.

Como tercer punto, Ipiranga Trifulca plantea la desaparición de Tootoo. Insospechado menefreguismo sale al cruce de sus esfuerzos por involucrar al vecinaje en averiguación de paradero y habeas corpus. Sensibilidades todavía zaheridas por los coletazos del tema mascotas y sus implicancias hipotéticas. La quita de colaboración lo sorprende —la gente es baja y contesta— pero: la usa de trampolín para reavivar la búsqueda, que tenía un poco alicaída, más allá del consorcio propio. Reinicia así conversatorio por calles aledañas que, si no le permite avanzar en su pesquisa (es como si Tootoo se hubiera tropezado en el event horizon de un agujero negro), al menos lo pone en contacto con delegadas de otros consorcios con inquietudes. En esos intercambios amables, pletóricos de una ritualidad arcaica (el clima, el estado psiquicofísico de las colocatarias, el radiopasillo), comparten informaciones de utilidad dudosa y origen oscuro, pálpitos acerca del inmediato porvenir, dimes y diretes de pasares y pesares propios y ajenos, todos igualmente esforzados. Tanto roce no cae en saco roto al conformarse la Junta Consorcial de Boedo, órgano territorial colegiado que busca facilitar consecución e intercambio de comestibles de calidad para sus integrantes. También organiza cursillos de formación abiertos al público sobre permacultura, cuidado y preservación de huertas, técnicas de fermentación, cocina a leña, salado de carnes, etc.

Informaciones de primera necesidad que se alternan con los discurrires ocasionales del más y del menos, bueyes perdidos, qué se dice o anda pasando, las decisiones tomadas por el gobierno central que, aunque existente allá lejos, en La Ciudadela, inexiste a nivel territorio. Nadie parece preocupada en hablarles a las de pronto libertas, ni el régimen a pasitos de extremaunción ni las voces audibles de la revolución. Silencio de línea que causa una bastante desesperación, si bien la opinión capilar piel en flor indica que hay que aguantar. Esperar para ver claro en medio del desconche. Calma y risa.

Cuesta trabajo (de Hércules) sacar las reuniones de la Junta Consorcial de su dinámica inherente natural de lamentatorio colectivo. A veces logran socializar alguna información fehaciente sobre algo. El resto del tiempo bracean hipótesis incomprobables, informaciones dudosas, de calidad pésima. Cada vez más barrio comparece espontáneo en el galpón trasero de la placita vecinal de AVeFA para participar de la toma de decisiones de la Junta, espacio asambleario muy tensionado por la poca práctica en democracia directa de las boedenses: todas quieren tener razón al mismo tiempo, todo el tiempo. Ante la duda, se van a las manos. En mitad de semejante mejunje, paciente, oyente, calmo, Ipiranga Trifulca resplandece. Años de militancia y activismo, organización de estructuras de base de todo tipo lo munen de finas maneras para el pastoreo de vacas salvajes en estampida histérica. Boya o islote de tranquilidad inconmovida en medio de mar picado: eso es Ipiranga Trifulca. Y hay otras. Por ejemplo, Oxi Saint Orient, delegada de consorcio de un ocho pisos esquina 33 Orientales y San Juan, de donde surge evidente su apodo. Traban amistad en seguida, y mucho más cuando Oxi Saint Orient parece recordar a Tootoo cernida sobre manubrio en su fixie voladora colorida dragón fuyendo en dirección a San Cristóbal.

El temario de la Junta de hoy incluye varios puntos, entre ellos: autodefensa y la noche. El vecinaje de Boedo harto atemorizado por la cantidad de siniestros nocturnos, pisaje de almitas deambulantes a pesar del toque de queda, en oscuridad total desde que chau electricidad. Del toque, ahora que lo hablan, no están seguras. Hay quienes dicen que sí, que lo escucharon de fuente fidedigna (jamás desembuchan cuál), otras que no, que es mito urbano. Otras no saben

qué lo diferencia del estado de sitio. Y quién lo haría cumplir y cómo. Pocos pero hay, autos que circulan en la noche luces apagadas o encendidas es igual porque por más que adelanten a veinte o treinta kilómetros por hora el julepe se lo pega igual la pasante furtiva, distraída en otras cosas, como la conductora, mente ida o enfocada también en algo impreciso. Las cuerpas amanecen fiambre cuando a sol se le da por aparecer, a veces muy desfiguradas, espectáculo horrible, que es lo que las boedenses quieren evitar con la ayuda de todas, en esta reunión. Que se regule o algo. Desde atrás proponen cerrar acceso al barrio con barricadas y vigilancia vecinal. Cosa que las lleva al otro gran tema: autodefensa, ¿sí o no?

Pasa el mediodía en la plaza y la charla sigue, enzarzada en peliagudas problemáticas irresolubles. Floro y Pitón intercambian en el área de juegos con otras preadolescentes escuderas de sus madres. Comentan el tema desaparición de árboles y compra de hojas muertas, parece que varios argenchinos empezaron ahora también a pedir, se balancean hacia adelante y hacia atrás, culazo —resultado de estirón— aprisionado por los estrechos topes de las hamacas infantiles.

—Me parece que las transforman en electricidad —opina joven no identificada—. Las fermentan y con eso hacen electricidad. Con una bobina.

—¿No será más fácil la explicación? —desafío de otra incógnita que allí se encuentra, disfrazado de hombrito alzado—. ¿No será que las queman para tener luz y calor, para cocinar?

Aprovechando el silencio sorpresa de las reunidas charlantes en el arenero, Pitón somete a consideración del vulgo su idea (brillante, aclara) de cazar palomas para comer, y ratas, acota Floro con cara de asco. Para su estupefacción, la voluntad popular coincide en que es buena y que podrían venderlas o cambiarlas por papas para hervir o rostizar a fuego lento. De ahí, a acechar gatas y perras con el mismo nutritivo objetivo, hay apenas paso.

Cierran temario asambleario las planificaciones de los saqueos, sucursal de Carrefour en pole position, pero también argenchinos, cualquier depósito de comida y/o utensilios, herramientas, cosas útiles para continuar viviendo. La grieta se adueña de la sesión. Mortificadas llorosas unas viven la excepcionalidad como clivaje o hiato en un

orden que va a volver, con reglas que deben continuar respetando para evitar sanción retrospectiva “o algo peor” (ignoramos qué). Son adustas y las más abundantemente etarias. Otras, múltiples matices en su interior, dan por finiquitado el orden anterior o se nefregan de su hipotético retorno, se sienten libres y soberanas de tomar las decisiones que les canta el upite, tratando de no perjudicar a la prójima, siempre que se pueda, y si no lamento cantidad jodete, tarada. Ipiranga Trifulca y Oxi Saint Orient pertenecen a este segundo, abultado, grupo. Como doulas pacientes, organizan pastoriles la voluntad del grupo a fuerza de interrupciones para exigir turnos de habla, pedir votación directa, desarrollar argumentaciones complejas en ropajes sencillos. Terminan agotadas deshidratadas despeinadas satisfechas: el “no” ha ganado la votación, por un pelo, descartada por el momento la idea de avanzar hacia la conformación de guardia civil y barricadas que las abroquelen en un ghetto de Boedo. La decisión de los saqueos se aplaza para próxima reunión, para darse tiempo en el ínterin de meditación. Quedan en que se organice expedición a la comisaría para confirmar tema toque de queda, data sobre posible estado de sitio o qué onda. No bien averigüen, fijarán bando con cinta adhesiva e información confirmada fidedigna en una A4 de caligrafía horrorosa a las puertas enrejadas de la placita, que manos anónimas en posesión de juego de llaves cierran con puntualidad durante las noches desde que el Partido del Cambio perimetrara las plazas para eufórica algarabía de esforzado dueño de empresa metalúrgica que pegó el laburito (casualmente pariente de funcionario jefe en la cartera de Espacio Público e Higiene Urbana, ¿no es loco?). Mantener a la población del lado de afuera en las horas aciagas que las funcionarias del Cambio consideraban como de “no plaza” fue el objetivo de tanto pilum metálico, recato que se cumplió y se sigue cumpliendo aún, a pesar de todo. Como si nada hubiera cambiado.

Por eso: concluida la asamblea ordinaria de la Junta Consorcial, grupito moviliza chancleta en pos de respuesta, la tarde media caída, frío un poco arrasa aprovechando ausencia de rayo solar. Y en él, Ipiranga Trifulca. Y también Oxi Saint Orient, a la cabeza de conjuradas que se aproximan a la comisaría (ex vecinal 5B) para exigir clarificaciones en cuanto a protocolo de circulación ciudadana durante

las horas oscuras, que debido a la interrupción eléctrica son muchas más de las que están acostumbradas a gestionar. Bajo la autopista, silencioso grisor y hojas que bailan en brazos de viento fresco cargado de humedad. Restos de autos alguna vez secuestrados por las fuerzas del Orden agonizan frente a la puerta de entrada, cuyas hojas se baten una contra la otra, con un golpeteo mecánico ininterrumpido. Tras ellas, oscuridad.

Largos minutos les toma a las expedicionarias decidir cómo seguir. Ancladas en la vereda aplauden preguntan en voz alta si hay alguien estirando cogote con ansias de inspección de interior pero sin moverse del umbral donde se encuentran, el resto pataditas salticadas para activar circulación sanguínea en las piernas. Se turnan para asomarse con cautela, sin animarse a ingresar. Hasta que Oxi Saint Orient revuelve en uno de los canteros arrasados de lo que supo ser estacionamiento cruzando la calle, rejunta hojas secas tamaño minúsculo, las mete en soquete previamente extraído de pobre pie ahora muerto de frío, emboca en la punta de rama arrancada a pura fuerza bruta, fósforo hace chispa y habemus antorcha. Detrás de ella, ingresan todas las demás.

La primera sala aparenta vacía, las cosas quietas juntan polvo, rutina amputada con violencia. El soquete empalado pasa de incertidumbre equilibrista a Juano de Arco en un suspiro, arde y en seguida se convierte en boca escupidora de hojitas en llamas, como pétalos que caen sobre antebrazo ay pierna pie piso, ¿a quién se le ocurre semejante imbecilidad? Pobre almita buena, pensó que así iba a durar más.

Esperan a que la llama muera rodeando lo que quiso ser antorcha en ronda contrita silenciosa. Aire frío ingresa egresa de fosas nasales, algunas gotean. En el piso la luz aletea, cada vez más exangüe. Comidas por la oscuridad, llegadas casi al fondo de la habitación, Oxi Saint Orient desviste su otro pie, enrosca dos vueltas de soquete en el extremo de la rama vuelta brasa, con otro fósforo acelera el trámite.

—Disculpame, corazón, ¿por qué no encendés el palo directamente? —dudas del público, que quedan sin respuesta.

Avanzan a tientas a pesar de la luminosidad rebeldona de la “antorcha”. Conato de comunicación trunca, hola, ¿hay alguien?, hasta

que un chisteo fastidiado las detiene ante eso que parecía mueble caído y es, en realidad, persona que duerme. Ahí empiezan a ver, o será que sus ojos se acostumbran a la penumbra, pero hay decenas, contra las paredes, debajo de las mesas, en los pasillos, apolillando, acurrucadas sobre sí mismas, bajo frazadas, bolsas, diarios. La mayoría ancianas muy decrépitas, casi estado zombi. Se desconciertan por un momento, Ipiranga Trifulca rodilla al suelo para informarse desde cuándo esta situación, ¿se retiró el Orden de Boedo, nos dejaron en banda sin ni pío, en completa anarcoutopía?

Nadie sabe o no quieren o pueden contestar. No recuerda el interpelado, el resto no se molesta en despertar. Ex comisaría actualmente guarida de menesterosas vuelve a quedar a oscuras debido a que soquete se terminó y ramita, por verde, húmeda e incombustible, no se contagia el fueguito del fósforo. Se quema las yemas Oxi Saint Orient, propone salir a la vereda a deliberar en petit comité, qué hacemos ahora con esta info, cambia todo porque solas, ¿convocamos nueva asamblea de la Junta, nos hacemos las otarias o what pass?

Hay de las conjuradas un par que abandona la expedición sin mayores explicaciones, arguyendo organización pésima y coso. ¿Puede ser que NADIE se haya enterado, visto u oído abandono territorial de las sirvientitas del Orden? ¡Agotadas cansadas hartas están, las tienen! De tanta mala incertidumbre, ¡podridas! ¡Hasta acá! Están, las tienen. Así se van: las observa alejarse Oxi Saint Orient medio inmóvil sin medias, patas embutidas directo en las zapatillas, bastantemente frío en el corpóreo general. A su lado pide Ipiranga Trifulca tranquilidad y no se vayan, che, banquen, pensemos juntas. De paso, si alguien de casuales vio a Tootoo, de a pie o endragonada, si a saberse o enterarse de dato llegara, por favor me avisa.

Quedan al fin Oxi Saint Orient e Ipiranga Trifulca en la vereda, autopista vacía silenciosa proyecta queda oscuridad por encima de sus cabezas, azuza el viento fresco. Es el silencio y su eco, desolación e incomprensión: ¿cómo seguir?

Capítulo segundo
De cómo Ipiranga Trifulca fue excomulgado y lo que a partir de ahí sucedió

Mientras los polvos de la implosión se iban asentando, todos los estratos sociales se encontraron en igualdad de condiciones para la reacción. Las capas más bajas del Antiguo Régimen desplegaron plasticidad creativa frenética para enfrentar situación nueva de anarquía desconcierto, entretejiendo alianzas cooperativas inéditas que las pusieron, de hecho, al frente de la repartición de escasos recursos, en situación dominante. Fueran estos pocos o no, muchos o más o menos, orgánicos o en mal estado, ellas llegaban siempre primero, y mejor. El yeite tuvo dueña y vivía en Barracas, Nueva Pompeya, Villa Soldati. Sus despojos era lo que la maltrecha ex clase media, hija boba, se disputaba, hundida por el nuevo panorama en la miseria de quienes carecen de medios simbólicos para sobrevivir, es decir, primero y antes que nada: conocimientos, plan de acción, estrategia.

Rápidas de reflejos, las más bajas (o "Bajas" tout court) accionaron a fondo sus potencias. Con un sistema de ocupación, gracias a grupitos de adelantadas, migraron a otros barrios, donde se enraizaron un poco a lo bestia. Las ocupadas decodificaron "villa" en esos asentamientos, sin otorgarle dramatismo al hecho de que en dos minutos las Bajas se volvieron irremplazables en el intercambio cotidiano para la reproducción de la vida, células pletóricas de mercancías para vender, trocar, intercambiar, reutilizar: todo gracias a miríada incontenible —especie de manga— de ameas (vocablo que las boedenses, con cara de asco, pronunciaban "amigas") residentes en el profundo sur, al fondo a

la derecha.

Hubo quienes interpretaron este movimiento tectónico como el advenimiento del “las últimas serán las primeras” bíblico. Otras, como la realización —¡al fin!— de la revolución maximalista. Los templos se llenaron de clientas que acudían desesperadas por entender lo que estaba sucediendo, desamparadas por la falta de comunicación masiva (o de cualquier otro tipo). Inánime la electricidad, la información volvió a viajar de boca en loca, familiares, a depender del encuentro, del apersonarse, del reunionismo continuo. La opinión general era por momentos que había que aguantar, seguro “alguien” iba a solucionar el desastre, el hambre, la falta de perspectivas, no saber por dónde seguir. Otras no esperaron: festejaron y se movieron, escurridizas, trabajaron en pro de la construcción de algo sin precedentes, nucleótidos de poder coordinados en una malla porosa de acuerdos mutuos y beneficios para la vecina de a pie.

La expansión ocupacionista de las Bajas llevó a la Junta Consorcial de Boedo a un cisma (o grieta). De un lado, vecinas con necesidad imperativa de reventamiento de intrusas, para que tengan y repartan, para que aprendan. Masacrarlas como a palomas boludas o por demás confianzudas. Este grupo es mayoritario. En la vereda de enfrente, Ipiranga Trifulca y Oxi Saint Orient abogan a favor de la colaboración y el entendimiento, pensar qué podemos aprender de esta situación novedosa, cómo trenzar alianzas duraderas que nos beneficien a todas. Cortina cerrada de abucheos y pedido de excomunión inmediata excomunicación (que cierren el pico): no se las tolera más, hartaron con su voluntariado progre de la paz, váyanse con Gandhi a fundar otro club. Las desalojan con bastante violencia, verbal y de empujones y patadas.

Como desorientadas, Oxi Saint Orient e Ipiranga Trifulca terminan hablando con el enrejado perimetral de la placita, con las espaldas de los corpulentos vecinos apersonados preocupacionados por la situación para custodiar la entrada e impedir reingreso mendaz. Terminan, pobres heréticas, en el comedor de la primera, lamentándose de lo mala que es la gente. Sí, soreta. La tarde caiducha obliga cumbre bilateral bajo frazadas, a la luz de las velas que, conforme avanza la hora, se multiplican en lugares estratégicos (alrededor de cintura y

hombros, en torno de los pies). Hasta que Oxi Saint Orient hace pido para extraer del horno —al que le ha quitado las dos rejillas, convirtiéndolo en espaciosa cavidad calefactora— la gran olla de aluminio que usa por las noches para quemar ramitas recolectadas durante la jornada y si no (hubo tiempo o encontró nada), con tristeza lo confiesa, papel (carne de libros) en una fogata módica que sube la temperatura lo suficiente para poder conciliar sueño en sus inmediaciones.

Deja el ollón junto a Ipiranga Trifulca, que usa la vela más cercana para husmear en su fondo, distingue revuelto de cenizas. Oxi Saint Orient vuelve de la pieza de atrás disculpándose por la imprevisión con varios libros en la mano. Le explica que las tapas hay que arrancarlas porque queman bien pero hieden, inaguantable olor a cultura muerta, baranda maldita durante horas si no. En seguida pasa a ejemplificar. Las separa del interior con movimiento elástico, se nota que lo tiene practicado, el lomo se despega íntegro casi con alegría y un sonido de desgarro. Se vuelven a ver las caras, se aproximan a la gran olla para que el calorcito crepitante les entre en las cuerpas. Solucionan el tema de la humareda abriendo el ventanal del balcón, lo que habilita ingreso del fresco nocturno en vicioso círculo contra el que nada pueden. Inquiere Ipiranga Trifulca sobre los títulos. Hiperventila Oxi Saint Orient, lo tranquiliza: son manuales de Excel, herramientas de marketing para editoras, o sea, cosas que no sirven para nada. Por ahora mantenerse al abrigo es casi una alegría, arremetida Marie Kondo contra una porción de la biblioteca heredada, que percibe como inútil. Comenta como al acaso Oxi Saint Orient que la progresión de trágico destino comprende en primera instancia todo lo que esté en lengua, v. gr., la cuentística completa de Dürrenmatt, *Das Kapital*, *Masse und Macht*, la opera omnia de Calvino, versitos de Pasolini, *Le Horla, Écrire*, *Mémoires d'Hadrien*, todo Flaubert, Balzac, Stendhal, Boileau-Narcejac, De Beauvoir, *Meu pé de laranja lima*, etc. Tras eso, si la necesidad continuara apretando, Oxi Saint Orient prevé pira para pequeña sección europea medieval, saga artúrica a la cabeza, *Tirant lo Blanc*, *Tristán e Iseo*, guita tirada a la basura en ediciones Siruela, vistosas pero sin una nota al pie y —lo peor— adaptadas sin avisar, libros en verso pasados a prosa "para comodidad de la lectora",

travestismo editorial insólito, horrenda mala praxis. Con pena, confiesa haber hecho hoguera ya con la producción de María Rosa Lida de Malkiel, Johan Huizinga, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y —para abreviar— cualquier otro Menéndez filólogo folclorista historiador de las ideas y/o crítico literario español. Sus tomitos en Austral, pequeña maravilla, arden de lo lindo, tal vez por el papel, ya quebradizo, noble, de cuando el producto de los árboles no se intervenía con porquería química. Acabado el medioevo, Oxi Saint Orient planea avance predatorio sobre caterva de griegos y romanos exquisitamente publicados por Gredos y divinamente adquiridos por su genitor en colecciones populares junto a ediciones dominicales de diarios nacionales. A la muy postre, dolor psiquicofísico sobre el horizonte, obligada por la desahuciada coyuntura si continuara sin mejora, se desprendería Oxi Saint Orient de la amplia colección de literatura argentina y latinoamericana compilada por el dueño de la biblioteca, su padre. Preferiría no hacerlo, le explica ahora a su interlocutor, más por la angustia que le provoca la destrucción de la página impresa que por el interés genuino de Ipiranga Trifulca en el orden de mérito para la quema. Sería como ver arder parte de lo que soy. Pero: peor sería no comer o no lograr pegar ojo por culpa del frío. No jodamos.

Se descubren sin querer cerca, cernidas sobre movedizas llamitas contenidas en la olla, azuzadas por corriente fría que penetra por el ventanal. De pronto, irrumpe un silencio tras largo rato de charla, al fin. De pronto: sonrisa se acerca, planea a centímetros de nariz, aparece mano que toma barbilla. De pronto calor, sangre sube a cabezas, se arrebola congestiona rostro, endurece orejas, para recónditos pelos. De pronto, sexo despierta explota late palpita: al fin vivo, exige pareja de baile. Noche generosa. En: full contact, horas de puro hacer, de dejarse ser, conciencia desvanecida, mulier faber sin pensar. Es piloto automático o instinto, es apagón de conciencia, es derroche y disfrute. Escuchar a la cuerpa gemir ronronear estridular gorgoritear bufar suspirar ahogarse. Es luego también un dormir calmo apacible acompasado tranquilo, aun en el piso del comedor junto a la olla, cuyas llamitas se achican hasta extinguirse, se apagan. Todo respira, quieto en su lugar.

Sol de invierno sale tarde, amanecer sucede sobre las ocho. Con seguridad: las pilas del reloj de Oxi Saint Orient todavía funcionan. Se despereza, prepara mate con yerba de ayer, qué miseria, che. Es lo que hay . Con cordialidad ofrece el primero a un Ipiranga Trifulca cara enjuagada con agua de balde. Viendo que el lavatorio aún desagota, lo usa acto seguido como mingitorio. Muchas cosas cambiaron desde el ataque devastador, y entre ellas, la idea de higiene. Se fuerzan a vivir en presente, no caer (aquel mal paso —y lo peor de todo, sin necesidad—) en la incertidumbre que confianzuda expande su toxicidad.

Media mañana: Ipiranga Trifulca patea la calle, preocupado por volver a su hogar, no vaya a ser que Pitón se preocupe. Quiere orearse, estirar las piernas, pensar. Respira lento, más muriendo por un cigarrillo (exquisita disolución de otros tiempos) que significando lo sucedido durante la noche. Lo accionado vuelve de a fragmentos, recuerdos de placer de pronto ahí, sin etiqueta moral ni categoría ética.

Topa con Floro en custodia de puerta de calle. Farfulla en su klingon adolescente apurado por vivir papa en la boca no te modulo una vocal ni que me la pagues en dólares algo sobre problemitas entre Tabatinga, Tituba y la huerta (donde se encontraría su hijo, Ipiranga Trifulca lo comprende, minutos de delay, no bien la metralla de sonidos se libera del embotellamiento altura tímpano y se acomoda organizado en su cerebro). Habemus quilombo, en resumen. Las Mármol 9, blanda arcilla en manos de incontrolado presente, incorporan (o sea, ingresan en su cuerpita colectiva) las declinaciones políticas del afuera. Lo personal es político y lo político, personal, con lo cual: todo es político. Le queda mal a Ipiranga la trifulca, le interrumpe meditación errabunda (o meditabunda) acerca de qué hacer, cómo seguir. La excomunión lo ha dejado pedaleando en el aire, sin punto de apoyo para mover el mundo, en nube de pedos. Además, Oxi Saint Orient, toda la bola: se descubre evaluando si no les convendrá mandarse a mudar y listo, que se vaya todo a la mierda de una buena vez. Volver a empezar, en otro lugar. Tal vez Chacarita. La seducción de foja cero es fuerte, difícil no postrarse ante su influjo.

Grito portentoso en hueco de escalera baja a Pitón de la huerta y lo

pone a flexionar declinaciones generales de la bronca. Como siempre en estos casos, el desaguisado arrancó con fatua nimiedad. Aprovechando posición dominante (porque dueña de instalaciones higiénicas con aún agua corriente), Tabatinga atrajo a médico o paramédico o algo médico (m'hijo —de Tituba—, el doctor) con falsos y oscuros pretextos a su guarida en planta baja. Me duele: acá. A partir de ahí se sucedieron cosas de poca claridad o muy confusorias. Tituba, grito en el cielo, denunció secuestro. Le dio de necesitarlo (tropezón que fue caída) y que él no estuviera, y eso no puede ser, señora. Hágase un hijo si quiere usarlo. Tituba es vieja de las asustadas, dos por tres hay que aclararle que el mundo hace ruido, lo cual no equivale a robo violento o penetración no autorizada (sus dos pavores mayores). En ese sentido —Pitón tuerce la bocucha para que la acotación salga murmurada de costado—, re exagerada mal es.

Indisposición fatal entre las venerables gerontes toma la mayor parte del almuerzo común del día siguiente. Médico o paramédico o algo médico asiste a la conformación de dos bandos con mirada ausente, estreñido el comentario. Nada sale de su boca que explique el discutido sucedido. Sorbe menestra ausente, nerudiano. A su alrededor, se matan cuidando las formas (siempre), florilegio de argumentos hipotéticos para defender una versión o la otra, todas incomprobables. Callada Tabatinga, logorreica Tituba actúan de que no se aguantan ni se fuman ni piensan dirigirse la palabra nunca —¡ja! — más. Se inquiere en general si la caída está recompuesta o ya repuesta, si el dolor ese acá está ido, no es el punto: lo que hay que dejar claro, señoras, es que no se puede andar tan confianza total con hijo ajeno. Floro y Pitón mandan sopita por el garguero para abajo, mirada clavada en el fondo del plato: a poco de comenzado el careo popular se vuelve evidente que el tropezón de Tituba tiene causa y explicación en desperdigamiento de piedritas que "alguien" sembró à la sans façon en el pasillo que une puerta de depto con huerta, arriba en el tercer piso. Otro inesperado que sale a flote en transcurso conversacional tiene que ver con el pasado, guardador de vínculo sanguíneo ("verdadero" cuchichean voces conservadoras, nostálgicas de lo pisado, siempre mejor) entre las dos viejas porque, caras deformadas por muecas de incredulidad, Tituba y Tabatinga,

queriditas, son primas hermanas. Gran apertura general de probóscide externa asombro. Salvo por la sobri de Tabatinga, que habita con ella, la cuida y acompaña, y —cómo es lógico— del médico o paramédico o algo médico, para el resto de las Mármol 9 esta novedad es shock. Tardan en recomponerse, volver a la masticación muelle.

Todo piola, se ve, hasta que empezaron a sacarse los ojos por la sucesión de casita abolenga, le resume Ipiranga Trifulca a su hijo Pitón la situación mientras avanzan a velocidad humana esquivando autos abandonados o convertidos en refugios provisorios, quemados o desguazados, volteados: esqueletos de dinosaurias metálicas efímeras a flor de piso, testimonio de una época ridícula, ya ida. Como flechas perezosas progresan hacia reunión de feministas pro acción directa (las famosas femirulas), acordada con premeditada antelación la última vez que se vieron las jetas. Labriegas afanadas en desmontar asfalto y baldosa para plantar el bien común interrumpen su ajetreo, los miran pasar: Pitón remolcado en base a Lacan (la Ley del Padre tira cchiù all'iertu ca nu paru 'e voi allu pendinu) muy en contra de su voluntad, fervoroso deseo de quedarse con Floro y el resto de la barra a matar con la gomera carne trocable por farináceas delicias. Con lo cual: cara de orto, brazos cruzados sobre el pecho, enojadísimo. Odia a su padre, culpa a su madre, que no aparece, de esta situación de esclavitud a la que ha de pronto despertado. Como todas, ¿o te creés que solo vos tenés derechos?, lo corta Ipiranga Trifulca fastidiado por la gran quejata que remonta su hijo como cometa de papel. Habilidoso en el departamento motricidad fina la hace flamear vistosa mientras caminan, presa de un histrionismo border con la histeria.

Conforme se alejan de sus lares el rumbo puesto en San Cristóbal frontera Constitución, el paisaje cambia de aires. De la idiosincrasia burguesa pacata que hace furor en Boedo a la estética trash travesti chic en apenas una hora de verdadero *camino*: pies operan orgullosos el traslado, en ausencia de toda tecnología vehicular. Pitón llora lóbrego latrocinio de la bicicleta que soñaba vender para adquirir una BMX. Ya estaba todo hablado: Tootoo de acuerdo en poner la diferencia como obsequio para su cumpleaños número 14, apenas semanas antes del Año 0 (o sea, a. C.), cuando el mundo vivía asfixiado por los estrechos barrotes de la programación opresiva de

cuerpas, cerebros y espíritus. Ya estaba todo hablado y de pronto esto: la cagada.

Bastante alharaca generó el choreo insolidario, alguna loca del barrio hubo de ser, o por ahí alguna Baja, sin códigos ni piedad, Ipiranga Trifulca enfurecido (enforrecido) con su vástago, concha del carajo lora peluda aprendé a cuidar tus cosas de una vez, pelotudo, etc. Coriáceo, Pitón no se deja empetrolar por el desasosiego. Busca su buzo invernal, ¿dónde está?, ¿dónde lo dejé?, la luz declinada no ayuda, ¡mamáááááááá!, ¿viste mi buzo?, automatismo reflejo desboca su oralidad antes de que razón pueda enlazarla, maniatarla. Ipiranga Trifulca se enhiesta, ¡¿pero sos boludo o qué te pasa?! Encontró Pitón, ya lo tiene, el buzo hecho un bollo en la biblioteca, entre *El Eternauta* y varios tomitos de *Macanudo*. Coloca capucha, vuelvo en par de horas, vuela escaleras abajo al grito de "¡Floro! ¿Estás?". Tras breve explicación, salen juntos. Se pierden por la calle hombro a hombro, la altura es casi la misma, Floro apenas un algo más alto.

Lamentosamente, las gestiones de recuperación no dan resultados. Varios días le toma a Pitón hacerse a la idea de que ahora solo cuenta con sus pies para moverse a lo largo del ancho mundo (y ajeno). De hecho, ya casi no se ven vehículos trazando el territorio, muy de cuando en vez, cada obispo espichado. La vida transcurre despaciosa, espesa lenta, en correspondencia con las posibilidades de animales que se motorizan gracias a sus capacidades anatómicas. Los físicos, devenidos centrales, dan de acuerdo con su estado: menos aguante se traduce en posibilidades acotadas en el departamento del hacer, un vivir más pequeño.

Arriban al mitin con la tarde enrollada en los tobillos. Oscuridad pone grumos en la mezcla de recaudos precisados para acceder al cónclave, que se desarrolla cuchicheado y desconfioso en sexto piso de monumental pajarera sita en calle Pavón, casi esquina Combate de los Pozos. Con llave la puerta de calle, el esforzado allegarse hasta allí se descubre de pronto medio en vano. Ipiranga Trifulca se intranquiliza, husmea los alrededores con ahínco, busca en la placita del pulmón —delicioso toque peronista desmontado para huertear a lo loca— a alguien capacitada para abrir. Pitón no. Pitón toma asiento debajo de la chapa de lo que supo ser portero eléctrico, escriba egipcio a la

espera de alguien enllavesado. No parece contrariado, más bien fluye, en sintonía con la nueva situación del orbe.

Grupa reunida alrededor de fogón que arde dentro de tambor de hojalata discute un tanto acalorada. Las temperaturas invernales inician de a poco vade retro: se siente que primavera está cerca, merodea. Son docena de seres ocupadas con el acontecer, la coyuntura, la emancipación. Varias de ellas, "aliados", varones compañeros de lucha. Ipiranga Trifulca, no: para él esas categorías son boludeces. Él está ahí (abajo, en realidad, con el acceso impedido) para hacer la revolución total, liberar a la humana de sus cadenas e imponer un nuevo pacto social, libre de opresiones.

Repentino chicotazo eléctrico rasguña el cielo. En seguida trueno, ruido de montañas que caminan. Caen piedras, insólitos monolitos blancos de juguete estrellan sus cuerpitas contra todo lo existente con ruido cacerolero. Rebotan sin amortiguación, se entregan a una agonía veloz sobre el asfalto. Pitón admira la maravilla desde toda su altura, cobijado por la entrada del edificio. Hasta allí se llega Ipiranga Trifulca en medio de la divina expectoración trotando, la cerviz curvando, cubriéndose como puede del granizo que golpea, picotea, por encima de la ropa, en cuello y cabeza. Patinosos gélidos pedruzcos lo hacen tropezar, trastabilla una, veces dos. Le exige a su hijo yunta para derribar la puerta, se acabó: me harté, mientras patea se agita centrífugo con intención fútil de secado. Se niega Pitón, se horroriza. Qué va a pensar la gente. Ariete de carne, hombro con hombre, o patadas sincronizadas para pulverizar el obstáculo propone Ipiranga Trifulca pero no convence, no logra que Pitón se avenga a golpear, empujar hasta desencajar, o romper. Palmada en la crisma sin aviso desemboca en situación de violencia innecesaria. Son de pronto dos osos pardos erguidos sobre sus patas traseras, braman, se tiran tarascones. De arranque el joven retrocede, acobardado por lo inesperado del conflicto, no lo vio venir ni pega con su naturaleza apacible. Hasta que concientiza que de eslora son casi iguales, y él más elástico más móvil porque con menos uso: ruge llora furia contraataca. Son dos boxeadores rodeados de soledad y una fina lluvia, casi humedad en suspenso: tras las piedras, la quietud. Viendo afectadas sus posibilidades de victoria por culpa de esa mole que aprende

tamaño y potencia frente a sus ojos, Ipiranga Trifulca sale a buscar el empate. Toma por buena cualquier bajez si le sirve para someter y en ese tren distribuye pellizcos, mordiscos, patadas de puntín en medio de la tibia de su oponente (dolor), coscorrones en la frente con puño macizo del cual sobresale dedo del medio (mucho dolor). Cachorro de cordillera aguanta. Se mueve, saltica, forcejea para desasirse, llora lleno de rabia, devuelve lo que puede, casi más asustado de su insumisión que del ataque del padre.

Apocalipsis de mentira, quince minutos después todo ha terminado. Pitón e Ipiranga Trifulca sentados desencajados desarreglados magullados doloridos recuperan el aliento, negocian de la contienda el resultado. Puede ser empate siempre que Pitón colabore en la remoción del obstáculo que supone la puerta. Sellan acuerdo con apretón de manos, parece que vuelven a empezar, se tironean del brazo, se manotean, esta vez ríen.

Muy sorpresa: vidrio no estalla con patada coordinada. Más bien los agresores lastiman sus extremidades por desconocer técnicas de karate, cinematografía de Bruce Lee, o cómo darle de canto para que se rompa. Como trompos rebotan contra el vidrio, que tiembla y vuelve a su estado de calma inicial. En definitiva: se mantiene incólume.

—¡¡Pero la ptschhhoncha del pato cómo puede ser!! —Ipiranga Trifulca se sostiene las caderas con las manos, mirada perdida, vacía ausente. Estampa de superhéroe frustración en compás de espera.

Toma aire Pitón, afirma con el culo la pared. Exhibe delicado equilibrio: codos a la altura de la ingle, muñecas sobre las rodillas, manos doloridas tras la pelea, flojas. Boquea Pitón, mira el piso. Ipiranga Trifulca escudriña el horizonte, que termina en la vereda de enfrente, en casa derruida a punto de demolición. Su silencio meditativo resalta por contraste el canto de pájaros que sintonizan rayos de sol perforando la opacidad nebular tras la lluvia en un juego de luces que pide El Greco a gritos. Mucha humedad, y una especie de temperatura, tras el chaparrón, millones de gotas fulguran como diamantes cuando los toca la luz de la luna, todo lo existente tiene por un momento brillo propio. Hasta que Pitón se ilumina él también, arbolito de Navidad con estrella en la cabeza: ¿no será que se puede usar otro ingreso de la mole para entrar y luego circular por adentro

del monoblock?

El siguiente palier hacia Entre Ríos tiene, en efecto, puerta entornada. Se aventuran, pero con aprensión, dificultad cierta: ven poco más allá de la entrada. Oscuridad los engulle apenas ingresados, ralenta pasos, carga de precauciones cada movimiento. Explorado a tientas lo que pueden penetrar de planta baja y tras eléctrico rechazo de Pitón ante posibilidad de catábasis indagatoria de sótano, Ipiranga Trifulca propone ejercitar muslitos, a ver si por la terraza. Pitón acuerda, sí sí mejor por arriba, de cara al cielo como el hombre sincero.

Por la azotea, se trata de trepar parecita siguiendo cables mugrientos. Acceso a terraza maravilla abierto, las ilusiones de Pitón e Ipiranga Trifulca se elevan como globo de helio desasido sin querer de manos y voliciones terrenas. Titilan reflejando rayos desgarradores de nubes, anochecer que empieza a despejarse, siempre que lloró paró, hasta que superada la parecita dan con puerta número dos, esta vez para entrar, cerrazón y clausura de cualquier deriva hacia interior en cuyo sexto piso se desarrolla ansiado cónclave femirulo, destino de tanto loco afán. No median esta vez las palabras: atropellan como jabalisas salvajes. Estallido de bisagras corona la segunda carga, vuelan por el aire explotadas oxidadas artrósicas por falta de uso, convertidas en trozos de metralla y polvo. Al fin: libre el acceso. Antes de ingresar en escalera que baja, observa Pitón la desidia de las monobloqueras, ni huerta ni nada en la terraza. Malísimo.

Intersecan cumbre en punto álgido: femirulas discuten acaloradas qué conviene al momento histórico que las acuna, si mal menor, mal mejor, mal peor. Tanto les costó acceder al cónclave que ahora, medio tarado, Ipiranga Trifulca no acciona. Tras saludismo inicial a las que conoce y autopresentación velocidad timbreo con las que no, queda en reposo, inmóvil observa vacío cómo las llamas que lamen el interior del cacharro metálico (más necesarias de pronto por la luz que por el frío) pintan sombras en los rostros de sus contertulias con ansias insaciadas de revolución. No pierde segundo Pitón: sin que lo noten, husmea en torno tipo carancho a ver qué encuentra, qué hay. La nariz lo lleva para el fondo, da varias vueltas antes de avanzar por el pasillo umbroso, busca cómo hacerse de luz para adelantar sobre seguro. Las

conjuradas parecen todas concitadas en el comedor.

—Hace rato que venimos tratando lo del mal menor —brazos cruzados, Conjurada X alborota rastas con enérgico movimiento de cabeza—, desde antes del Año 0 que venimos con esto en la lista de pendientes. Que sí, que no: yo digo que llegó la hora de avanzar hacia el mal peor. Es mi parecer. Si pudiera ser mal pésimo: mejor. Es mi propuesta.

Encuentra Pitón vela colorada bastantemente desbastada, es decir, usada, le enciende escuálido penacho con llama del fogón y sin decir agua, ma se manda pasillo para el fondo. Nadie lo ve o se interesa en él o sus movimientos.

—Quién sabe: podría darse que fuera mal mejor —mueca con la trompa tertuliana resignada, entregada a las dificultades que prevé prontas, vecinas.

Se asoma Pitón a habitación por la izquierda, con camas y colchones, ropa, libros, camperones: aguantadero curte estética carcelaria. Más al fondo, piecita oscura calentita y en ella: cantidad de plantitas. Todas iguales, crecen en filita, organizadas. Y el olor. Lindo, se dice Pitón, a naturaleza, a bueno y bello. Ataja sus ganas de entrar amable conspirante, lo invita a volver al comedor porque las plantas son delicadas complicadas.

—El foquismo no es una opción, ya se trató, ya sabemos cómo terminó.

—Bien —frontal, sale al cruce al fin Ipiranga Trifulca, como encendiéndose de pronto—. Terminó bien. Con un pueblo soberano organizado, liberado de las pezuñas del trabajo, de la híper productividad. Con una pequeña isla…

—Por eso —lo corta una sorora, tampoco en esta palestra consigue tener eco pobre Ipiranga Trifulca—, ¿volvemos al territorio a activar a las bases? ¿Seguimos esperando a Godot? ¿Hasta cuándo?

La mayoría se expide a favor de aguardar chispa que encienda furor populi. Caso contrario, ¿qué se lograría con doce monas arrasando La Ciudadela, si el resto del mundo se queda en casa comodito? (“Mucho, ¡muchísimo!”, exclama Ipiranga). Y además, ¿cómo daríamos a conocer tamaña hazaña para acicatear alzamiento revolución, cómo convencer de que la noticia es real, si viaja de boca a boca disfrazada

de chisme? No amedrenta a Ipiranga Trifulca verse en posición minoritaria, alejada del sentir general. Al contrario: hecho un fuego argumenta a favor de *la importancia de llamarse Ernesto*, encender mecha de desobediencia popular, armar grupúsculos de ataque, guerrilla. Lo escuchan las conjuradas, sin negar ni acordar. Alguna hay que revolea los ojos, respira hondo como pidiéndole al cielo paciencia, la fuerza para mantener compostura y no explotar. Qué difícil la otredad.

Tras varias horas de hablar, para no dilatar, votan. A mano alzada en la casi oscuridad total, el fogón pronto se habrá apagado. Se impone la cautela. Favorece el consenso general esperanza de conciencia ciudadana que las habilite a encabezar atropello final contra último reducto del Partido del Cambio, pero hasta tanto las bases no se alcen acuerdan aguardar. En todo caso y para no despilfarrar tiempo preciado precioso dictan preparativos que incluyen retornar al pago de cada quien a soliviantar ánimos y espíritus de modo de generar tropa lo antes que se pueda. Y volver a hablar en petit comité para relevar estado de las fuerzas e ir estableciendo fecha para acompañar la marea popular. Súper secreto todo, juran discreción. En el ambiente cierta tensión, sensación de que en ese living se cocina algo grande.

Capítulo tercero
Guerra y paz

Verano larga nuevo ataque sin cuartel a papilas y otras partes blandas de Ipiranga y su hijo Pitón, alérgicos ambos severos al polen, al polvo, a cualquier corpúsculo vándalo volador no identificado. Tras las lluvias, árboles florecen, huertas reverdecen, tanta bondad divina germina animales por doquier. Cuestión que la ciudad se vuelve otra, espejo invertido de las alarmas de Martínez Estrada, del desierto y su semilla de Barón Biza: verde clorofila, olor a cosa viva que crece, se mece.

En el tiempo transcurrido desde la cumbre aquella en el monoblock, tanta cosa ha pasado que poco rastro ha quedado. El Partido del Cambio, acorralado, imperativo de felicidad ha trocado por devastadora represión contra la población. De la baja de inimputabilidad a la suspensión de garantías ha pasado: como el estado de excepción no le ha alcanzado, nuevas reglas ha dictado, entre ellas instaurado la Doctrina Chocobar: si sospechada de alterar orden público, la hipotética imputada será inmediatamente separada por parte de las sirvientitas del Orden, sin límite de edad para el arresto ni límite de tiempo para la prisión (preventiva). La cantidad de detenidas, monstruosa, lleva al Cambio a instaurar de apuro ghetto en Constitución, en donde amontona sin ton ni son a las etiquetadas de conflictivas. Que las hay, y entre ellas las peores son las travas: fornidas aguerridas, en tacos —siempre—, piel curtida, resistente: puro glamour en el liderazgo de lo que será motín que liberará a todas las privadas ilegalmente de su libertad: la chispa.

Vallado perimetral custodiado por sirvientitas es mi trabajo, ¿qué querés?, estalla en su punto más débil, habilitando el desparramaje de

humanidad por la ciudad. Primero boquete único, se replica en seguida en otros puntos, eco de rebeldía e insumisión desencadenada incontrolable. Mientras aguardan directivas (que no llegarán), entre incapaces y mal entrenadas para eventualidades de tipo: fuga, muy sorpresa las sirvientitas del Orden ante la duda tiran a matar para amedrentar de pronto encabritado rebaño en estampida. En vano: bajan a una, a dos, a tres, pero al fin la potencia del grupo las supera, arrasa con vallado y seguridad y campo y ciudad. Quedan cuerpas inermes entre la bruma de húmedo amanecer, tórrida jornada veraniega se anuncia, el ghetto hecho una porquería, todo patas arriba, en lo que será el punto de arranque del enfrentamiento campal final de esta revolución.

Las Fuerzas Feministas (que por alguna misteriosa razón codifican su sigla como “F y F”) avanzan a pie. A cada metro, nuevas sublevadas se van sumando. Es la Manga de Scalabrini, o marea tipo 17 de Octubre o 3 de Junio, es movimiento que arranca y no cesa ni depende de voluntad alguna. Sucede y se dirige hacia La Ciudadela. Hipódromo de tamaño desmadrado, perímetro custodiado, pesadamente vigilado, lonja territorial que une algunas manzanas en torno de lo que fue Congreso con las aledañas a Casa Rosada. Por fuera de él, no hay ley, o la de la selva. Adentro, el Cambio es rey. Chetoslovaquia o República Cheta es para las alzadas esa lengua de tierra vedada. Todo en derredor, garitas y sirvientitas, armas de fuego e instrucción de disparar sin preguntar. Como en el ghetto, pero al revés: allá las querían adentro, acá que queden afuera.

Acápite con miradas desconfiadas de ambos lados en derredor lanzadas y a las que se apersonan espontáneas como buscando algo que no termina de ser claro. Voz de alto o disparo detiene a la manada de autoconvocadas conjuradas a cierta distancia, sumiéndolas en compás de espera, tipo zombi a la vera de la carretera. Se van juntando, siguen llegando. Nadie manda, ni sigue: son como agitados electrones, son neutrones, o neutrinos, vibran y ponen su entorno en vilo. Hasta que nerviosa sobreexplotada mal dormida medio tarada, sin querer gatilla y se pisha del pavor que le da el horror que desencadena. Y veremos: plebe consternada junto a la caída re fiambre, muerte mala, mala suerte, podría haberle dado en una pata y

en cambio no: justo en la cara che. Mirá que hay que tener puntería, en un ojo la embocó. Plebe siente que no va, no da, ya fue todo: se gira mira encuentra a tiradora traidora, clavada en su lugar cagada en las patas del miedo al qué vendrá, despertando recién a las implicancias del sucedido: estallido social total.

Entre tanto, Bajas estarán en camino o habrán llegado, lo mismo grupúsculos de femirulas y feminazis de amplio espectro, variedad en feministas, femiyutas, femichotas, femitrolas, femihembras, feminazas. Además: inopinadas vecinas sin banderas a granel, sin identificar, sin empaquetado ni etiquetas: cuerpas en movimiento, cuerpas que se apersonan, ejercen derechos de otra época, actúan ciudadanía, democracia en acto. La hora de la espada llegada pero al revés (la historia ocurre dos veces: gran tragedia primero, rutilante farsa después), se siente en el aire. Se respira jaque mate. Convocadas curiosas o cansadas de tanto esforzado vivir convergerán de a miles ante clausura perimetral de La Ciudadela, tal como canta el aeda. Treinta tribus parecían al asedio, a la espera, de que el Cambio se rindiera. Que se fuera y no volviera. Nunca más.

Las travas estaban entre las que más agitaban, muy activas combativas, consignas inventaban, las gritaban, compañeras azuzaban, a desbordar el perímetro llamaban. Muy nervioso el Orden voz en cuello contestaba, alejate o reventás mamita, amenazaba. De un lado a otro del vallado se medían, se miraban. La ruidosa marea seguía llegando, la costa con gente bañando, de pronto aparecida. Cansada harta lista para el estallido final, épica la batalla se proyectaba. Y en una de esas olas, Ipiranga Trifulca. ¡Canta, oh diosa, la cólera del terrible Trifulca, el de los pies ligeros! Llegó con mochilita y, en ella, finlandesas molotovs y otros artefactos varios, incendiarios o explosivos. Junto a él, las conjuradas, modalidad Rambo activada, a todo dispuestas, a lo que fuera entregadas, surtir a quien se atreviera cruzar su camino o impedir destrucción de núcleo último resistente del Cambio. Volarlas del mapa es la idea, muy fija, o al menos correrlas a corral, ponerles bozal, reducirlas, neutralizarlas.

No se imagina Ipiranga Trifulca —dejado lo había con el resto de las Mármol 9, poco activas en temas revolutivos— que Pitón también, como él, frente a la muralla de La Ciudadela se encuentra. Con Floro y

las pibas, todas boedenses de ley, nacidas y criadas, llegadas para ver qué onda y por qué todo el santo mundo de pie, caminando hacia acá estaba.

Disparo inesperado rasga silencio (mentira, no era tal) de calurosa tarde veraniega, Buenos Aires en las fauces de humedad. Las altivas argivas presentes autoconvocadas estallan: las travas mandan atacar. La masa no precisa moción ni conducción más que esa: grito, una señal. En armas la plebe enciende desmán general, corridas, petardos y gritos, cánticos y sálticos, es la vida manifiesta, es populacho que se enfiesta, se expresa, dice basta, loca, queremos más, creer que merecemos, queremos todo.

Detrás de la muralla parapetado, dispara el Orden feroz furibundo nervioso buscando herir sin distinguir si es grande o chica, vieja o qué. Deiforme (border con lo deforme), de Zeus alumno, el femigronchaje empuja grita se agita hiperventila: aquí se pare nuevo mundo. El Orden sorete no se deja ni se repliega, dispara tira bomba, de humo, lacrimógena, bala de plomo, de goma, de lo que sea. Hace daño, se ensaña. Es salvaje y cruel, sin mirar a quién.

Puñado de horas pasado, muchas cuerpas han quedado en torno de la valla (o muralla) tiradas. Ida la luz, caída la noche, las Fuerzas Feministas suspenden la lid para ocuparse de las muertas. Lavarlas, llorarlas, en caravana hacia Chacarita mandarlas para enterrarlas, devolverlas al ciclo de la vida.

Medio ahogadas por el calor húmedo, en todas partes sudor, caramelitos para los mosquitos, en comité mínimo repasan las travas la jornada, repiensan qué hacer, cómo seguir. Se distienden también, un poco descansan. El grueso de las fuerzas acampa, de a grupos por afinidad electiva, comparten agua y comida, llegadas de los barrios gracias al apoyo de familiares y amigas. A distancia prudencial, a salvo de balas intencionadas o perdidas, desde arriba, es como ojo de Saurón lo que se mira: en el centro La Ciudadela, fino rectángulo, y en torno, círculo vitruviano que contiene, de alzadas libertarias compuesto, inquieto iris millón de puntos al aire libre entre hojas verdes que respiran, Pachamama que germina, naturaleza potente multiplica vida, conquista resquicios avanza prospera. Todo lo duro ángulo recto verde fluctuante deviene. Triunfa lo que se multiplica sin control, que arrasa

(como el viento), como las revolucionadas, que siguen llegando, gotas de una canilla mal cerrada, que no corta, nadie las llama, espontáneas reclaman. También preguntan consultan buscan cómo ayudar, una mano dar. En breve tiempo (que es cárcel) bosque de ladrillos engullido habrá sido por hermosas hojas pletóricas de clorofila en desordenados amoríos con sol, que lame chupa acaricia nervaduras abandonadas gozosas a ese coito natural.

La noche levanta algo de viento. Parapetadas en palieres y recovecos, hacen tiempo las revolucionadas. Del otro lado de la muralla, también: a la luz de fogatas caminan quedo las gatas. Salvo esos hipidos de antorcha, todo lo demás es de noche boca. Se charla tranqui urbi et orbi, se planea, mala sangre chorrea, se despotrica, convicciones se forjan o afirman. Diálogo fértil horizontal prepara el mañana, "¡Otra jornada de jarana!", se minimiza entre semi risa. Se dan fuerzas, ánimos se izan. Ipiranga Trifulca y femirulas, estado de situación recabado, plétora de artimañas y estrategias devienen para abrir boquete de sopete que cimente desmán fundamental y gane enfrentamiento final. Declaran necesidad de voluntaria que haga punta y ponga bomba. Alza palma Ipiranga Trifulca. No piensa no duda, quiere atacar pero ya. No se banca el suspense. Grupete de jacobinas se organiza en seguida, entourage o contorno del voluntario, dispuestas a atacar de madrugada, en vahos nocturnos amparadas. La voz se corre, pero chito: que no se filtre, ese es el chiste.

Dentro de la muralla se duerme, afuera se finge tipo esfinge. Ya madruga la mañana, todavía algo oscura tranquila, quietud. En puntitas se acercan trío de jacobichas a la valla a dejar dispositivo con reloj, más petardos, molotovs. ¿Pensará Ipiranga Trifulca aunque sea un momento en Tootoo, en hermoso Pitón? Dejan prenden encienden salen a los pedos se repliegan. Veinte segundos con tensión riegan la emoción, treinta, hasta que llega la explosión. Sigue metralla petardera findeañera. De cada palier se avalanchan fuerzas vivas. Entre hito y mito, marcan el camino. Plebe enarbola palo, revolea pala, agita silla jarrón martillo tijera tacos cinturón. Gracias al cielo sirvientitas del Orden visten uniforme, imposible de otra manera quedar conforme con la identificación, quién está de qué lado, o con quién.

A poco de penetrar en chorro descontrolado, hados jacobichos se mezclan con los del resto, populacho que presiona anónimo desde el fondo en esfuerzo colectivo por avanzar que parece propio de la vida, incluso en ausencia de objetivo real, o definido. Es serpiente en fuga dentífrica cuando pinta pomo aplastado con violencia. Gran revoloteo confusional toma el interior de La Ciudadela. Machaca Ipiranga Trifulca, el que hiere de lejos, pega y avanza, surte de lo lindo a las sirvientitas que se le acercan como cucarachas con reclamos. Las encuentra flojas, como desganadas, pero de eso no piensa nada. No se entretiene ni conforma con lo que le sale al paso. Pronto el aire se vuelve irrespirable, mucho viento y entremedio gases lacrimógenos, tupida humareda de llantas quemadas, chamuscada basura surtida, fosforescencia de bengalas, fuegos ofensivos que se multiplican sin organización, sistema o concierto. Todo se mueve al mismo tiempo.

Avanza Ipiranga Trifulca, ojos de lechuza, blandiendo improvisada chuza hacia lo que supo ser Congreso. Como poseso dirige a desconocidas que lo secundan, cómodas haciéndole la segunda 🤦. Por Rivadavia hacia arriba, Callao apenas cruzada, puerta abierta invita acceso a interior de oscuridad poseso. Procede a tientas el grupete, se detiene. *Nadie nada nunca* tiene que ilumine el módico progreso, in medias res el proceso, como fuera del agua el pez, boquea y en torno pide ayuda cada vez. En eso escuchan cuchicheo, como animal chatarrero o carroñero dedicado al cachureo. Murmullitos interrumpidos, como hilos de una conversación dificultada. Ahí quién anda o quo vadis consulta Ipiranga de pronto medio caída la tanga, temor de que las agarren por sorpresa en ajustado desfiladero o posición comprometida sin salida. Sonar le gustaría el olifante si tuviera, no es el caso, pedir ayuda y de paso, si se pudiera, algo de luz porque no ve un cazzo.

—¿Esto también? —consulta apenas audible llega del vericueterío congresista interior, recortado contra el barullo enquilombado que entra de afuera.

—Todo, y en especial si es madera —responde otra voz, que Ipiranga Trifulca re conoce.

—¡¿Pitón, sos vos?!

Entonces silencio.

También Floro y la pandilla boedense estaba, todas al pillaje o rapiñaje abocadas. De antorchas bien fornidas las pibas habitación por habitación iban, cualquier cosa con valor buscando. Comunica Pitón, de esa armada momentáneo Brancaleón, que hay muertas, unas cuantas. Por las piezas desparramadas, les parecieron apestadas, como licuefaccionadas, por las dudas las dejaron inmolestadas. Amaga Ipiranga Trifulca pequeño coup para hacerse con jefatura del jovencísimo grupete, no se deja Pitón. Entremedio amanece. Sol ingresa por ventanas, se comprueba que sí, en efecto: hay cuerpas y son muchas. De gente muerta por la peste, como zombis agotadas duermen sueño eterno sin dueño.

Confirman todas conflictuadas que no hay en verdad nada en el que supo ser Congreso que poder detente o simbolice, algo Ejecutivo que aniquilarse pueda, tomarse o romper. Qué vachacher. No hay titiritero ni Astrólogo ni Ergueta, solo sirvientitas paquetas que luchan aguerridas para que no les quede La Ciudadela caída. Entregan compenetradas la vida a las huestes por las travas bravas comandadas, en su rol enseñoreadas. Mandan arrollar y reventar para de una vez y para siempre terminar con Orden, Cambio y lo demás. Oh, poderoso Febo (asoma), ¡aleja ya de las dánaas la abominable peste! ¡Deja de hacer el mal sin mirar a cual!

Para el mediodía, la contienda se encuentra decidida. Arrasado de La Ciudadela el interior, vallado desarticulado caído y estupor, todo rompido. Sirvientitas machucadas, rotas desguazadas, aguardan en fila que su suerte se decida. Tampoco en la Rosada encontraron las femininjas más que muerte, nadie con poder o referente, desgraciadamente. La peste mala, viciosa, se alimenta como osa de cuerpitas del Orden que yacen inanimadas. No se hacen: están espichadas, matadas, y no por la revolución: de antes. Todo cáscara al final, cartón, pobres sirvientas: defendieron con sus vidas la nada, edificios con los orificios llenos de muertas.

Tras el saqueo lógico de las dependencias, la mayoría pierde todo interés. Deja todo in medias res y usa sus pies para volver por donde vino. Como caprichosos riachos, codos finos, afluentes y brazos, humanidad se desperdiga en archipiélago por la ciudad. Sin control fluyen las seres.

Visto desde arriba el cuadro, de inundación universal parece: hojas reverdecen, se mecen, y entremedio individuas avanzan o danzan. En primer plano jacarandás florecen, visten de hermosas flores sus copas, espectáculo digno de mejores ropas. Miles y miles y miles de pequeñas campanitas frágiles se sueltan en la calurosa brisa. Tras pequeño flotar aterrizan sin prisa. La Tierra de violeta tapizan.

Hay momentos en la historia en
que existen posibilidades que
se desvanecen rápidamente
si solo reconocemos
la versión oficial,
una vez que
se vuelve
domin
ante.

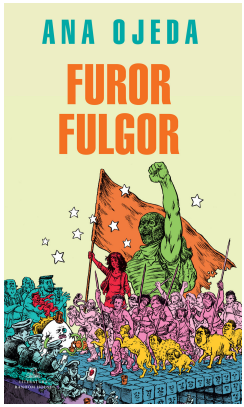
Greil Marcus

Deuda

Ataque Emocional al Sistema Capitalista es el nombre de una colección de poesía del sello independiente autogestivo de Buenos Aires Nulú Bonsai (https://www.nulubonsai.com.ar/).

Agradecimientos

A Mercedes Güiraldes y Nacho Iraola, por la fe en el inicio.
A Ana Laura Pérez y Juan Boido, por saltar conmigo.



«Con *Furor fulgor* Ana Ojeda tuerce el cogote al habla española, revuelca en el barro a la literatura argentina, con conciencia de clase y de género y de métrica y verso.

Ruda e ilustrada, con desternillante humor funerario y rima chisposa, tiene la ínfula y el don para reescribir la historia patria.»

Laura Ramos

Con el objetivo de neutralizar el avance imparable de las mujeres, el Gobierno Argentino de Tipo Ornamental (o GATO) obliga por decreto el uso del lenguaje genérico femenino en todo el territorio nacional.

Mientras en las calles porteñas se alzan barricadas a favor y en contra de la medida, en un lugar vago del resto del mundo una célula de ciberactivistas destruye el buscador de Google, centro emocional de la world wide web y, por lo tanto, del sistema capitalista.

En sintonía con esta crisis multinivel, en un oscuro departamento de Boedo, Tootoo Baobab #HARTA decide abandonar hogar, maridito e hijo (o tradición, familia y propiedad) para sumarse a lo que sindica como la Revolución feminista. Apenas horas después, al apagarse

definitivamente la web, un nuevo Año 0 marcará el reinicio de la humanidad toda...

ANA OJEDA

Nació en Buenos Aires en 1979. Es escritora y editora. Se recibió de licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires y publicó las novelas *Modos de asedio*, *Falso contacto*, *No es lo que pensás*, *Mosca blanca, mosca muerta*, *Vikinga Bonsái* y *Seda metamorfa*; los relatos de *La invención de lo cotidiano* y *Necias y nercias*, y el volumen de microrrelatos (o poemitas en prosa) *Motivos particulares*.

En redes es @anaojota.

© Lina Etchesuri

Ojeda, Ana
Furor fulgor / Ana Ojeda. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random House, 2022.
(Literatura Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-232-7

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Ilustración de cubierta: © Frank Vega
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

Edición en formato digital: julio de 2022
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-769-232-7

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

Furor fulgor
Epígrafe
Prélogo. O llegado el momento
Año 0: Tootoo Baobab
    Capítulo primero. En que se cuenta quién es ella y de dónde
    Capítulo segundo. De cómo fue a la comisaría y lo que camino de ella sucedió
    Capítulo tercero. De cómo fue a la comisaría y lo que una vez en ella sucedió
Año 1: Pitón no chitón
Año 2: Ipiranga Trifulca
    Capítulo primero. En que se cuenta quién es él y de dónde
    Capítulo segundo. De cómo Ipiranga Trifulca fue excomulgado y lo que a partir de ahí sucedió
    Capítulo tercero. Guerra y paz
Deuda
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos